

# GERMÁN LÓPEZ VELÁSQUEZ

DELIRIOS  
DE LA LITERATURA COLOMBIANA



GERMÁN LÓPEZ  
VELÁSQUEZ

Nació en Pereira, Colombia, en 1959. Abogado titulado. Ejerció varios años el periodismo. Autor de tres libros : Violaciones, Muera el Quijote y la novela Con Aurora en La Habana. Invitado a varios congresos de literatura en el extranjero. Escritos suyos han aparecido en publicaciones especializadas de América Latina, Estados Unidos y Europa, traducidos a varios idiomas. Fundador de varios talleres literarios. Galardonado por su obra literaria en Brasil, Estados Unidos, Francia y por las Juventudes de la ONU. Miembro de honor de la Fundación de Poetas Vallecaucanos, de la Sociedad de Escritores del Cauca y del Café Literario Julio César García de la Universidad la Gran Colombia, de Armenia. Miembro de Número de la Academia Hispanoamericana de Letras y Ciencias. Miembro de Poetas del Mundo con sede en Chile. Condecorado por la Foundation of Cultura, Art and Science House, adscrita a las Naciones Unidas. Actualmente es director de la Revista MEFISTO de arte, literatura y medio ambiente, publicación que fundó hace 21 años y que circula a nivel internacional.

Correos del autor :  
revistamefisto@hotmail.com  
vermellon2000@yahoo.com

DELIRIOS  
DE LA LITERATURA COLOMBIANA

“ Pero por supuesto que no somos perfectos. Si lo fuéramos no cagaríamos mierda. Es fea y fétida. La perfección estética sería cagar gusanitos de seda que se transforman en telares para abrigar, para calentar, para dar ternura. La mierda humana es repugnante y sobre todo cuando nos mira desde el rincón de un andén. ¡Qué asco!

Siempre que un artista termina una obra lo único que tiene por cierto es que no la acabó y así tendrá que morir, sin terminar nada, porque el arte es un infinito, un vértigo hasta después del fin del mundo.

Hay una excelente literatura en las regiones pero también demasiado mal olor, donde escribir por escribir y publicar por publicar se están convirtiendo en una justificación sin alcance estético. El lenguaje español, por ejemplo, está relegado. ”

Ediciones  
MEFISTO

GERMÁN  
LÓPEZ VELÁSQUEZ

Este libro, compuesto  
en caracteres Garamond y  
Vietnemeso de 14 puntos,  
se imprimió en Pereira  
en el mes de junio  
de 2006

Mil ejemplares

**DEL Rios**  
DE LA LITERATURA COLOMBIANA



**GERMÁN**  
LÓPEZ VELÁSQUEZ

Delirios de la literatura colombiana  
© Germán López Velásquez

© Editorial

Diseño, ilustración de cubierta y diagramación  
Johanna Giraldo Velásquez  
johanna\_gv@yahoo.com

Todos los derechos reservados

**DELIRIOS**  
DE LA LITERATURA COLOMBIANA

## AMIGO LECTOR

“Nadie es una isla completa en sí mismo; cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra;(…); la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti”. Jhon Donne, poeta inglés (1572-1631).

Este libro lo dedico a los guerrilleros, los paramilitares, los delincuentes comunes, los soldados y policías, los desplazados, los refugiados y exiliados, los secuestrados, los desempleados y marginados y los niños y niñas maltratados y violados, porque todos son víctimas. También a los sepultureros de sueños, agricultores de la muerte, sectarios de cualquier oficio, la peste de rabia, los escoltas con sus metralletas, Pedro Picapiedra y el Pato Donald.

## ADVERTENCIA DEL AUTOR

Por supuesto que se trata de un texto marginal

## LA LITERATURA COLOMBIANA SUFRE UN ABERRANTE Y DAÑINO

**D**IFUSIONISMO. Prima el maquillaje sobre el cuerpo, la superficie sobre la esencia. Difusionismo significa dar a conocer una cosa, publicitarla, contagiarla. Es claro que no cesa la horrible noche. Desde Rafael Núñez estamos haciendo esa afirmación convertida en himno pero las bombas y los estallidos y los gemidos de muerte no cesan. *URSÚA*, la primera novela del intelectual colombiano William Ospina, es ejemplo del difusionismo imperante. Pocos la han leído con detenimiento y erudición pero muchos la comentan con solvencia despistadora. La lectura en Colombia es escasa pero las retahílasseudoliterarias de cafetín son atorrantes, empalagosas. Hay que decirlo, leemos poco y hablamos más de la cuenta. La prueba reina es el desconocimiento de nuestros escritores, de la literatura colombiana desde Juan de Castellanos y Hernando Domínguez Camargo. Deliramos con frecuencia. Tanta ignorancia y tanta habladuría al mismo tiempo se llama la enfermedad infantil de nuestra literatura. Estos famosos y vistosos conversadores que toman café sin descanso, por inspiración báquica gozan de una habilidad superior para desangrar escritos ajenos. Su diletancia es muy abundante. Destruyen libros y ensayos, poemas y encantamientos con la rapidez de Apolo. Desconocen intonsos

la discusión civilizada, el argumento lúcido del ensayista, el ejercicio de la crítica de la razón literaria. Si una literatura es mala hay que decirlo con las mayores consideraciones artísticas para que actitud tan delicada no degenera en una insulsa regadera de odios y resentimientos personales.

**COMPARATISMO Y SEPARATISMO** Los comparatistas llenaron a Colombia de grupos literarios, de generaciones, de ismos. Poetas de cántico, modernistas, nuevos, centenaristas y nadaístas son ejemplo de un separatismo obtuso y enredador. Los separatistas han hecho una literatura parcelada, dividida, propia para la confusión. Todo ese comparatismo y separatismo que ha prevalecido en la crítica literaria es mentiroso, es falso y acomodado y en la mayoría de los casos, prohijado por intereses publicitarios y de perpetuación de sus miembros. No olvidemos que algunos de esos grupos o generaciones, como dicen, han sido orquestados y difundidos por sus propios directores para mantenerse en la historia de nuestra literatura. Mito fue creado por mito, los desencantados por los desencantados, el golpe de dados por el golpe de dados y los nadaístas por Gonzalo Arango. Ellos hicieron su propaganda, bastante crepitante en algunos casos. Ha primado el difusionismo sobre el objeto mismo. Los separatistas han hecho escenografía. No se trata entonces de estudiar a los nuevos sino de leer a León De Greiff; de estudiar al piedracielismo sino los sonetos de Carranza no importa que

su cinismo lo haya llevado a decir que “salvo mi corazón toda está bien”. No hay pues generación de Golpe de Dados sino Mario Rivero y Guiovanni Quessep y otros bardos colombianos. Nuestra literatura es una totalidad poblada por individualidades. La visión de escuela, de generación, en el miramiento de la literatura desde finales del siglo XIX, es decadente. El modernismo de Silva y el nadaísmo y las vanguardias de principios del siglo XXI exudan anacronismo. Si cuatro amigos crean la Revista Sopa de Valeriana, empiezan a sentirse desde el primer número en la historia de la literatura como la Generación Sopa de Valeriana. ¡Qué exabrupto! Esa es la metodología espuria que se ha aplicado a la presencia de poetas, ensayistas y narradores, desde Darío y los Nocturnos de Silva. La literatura no es problema de fechas ni lugares ni sanedrines. Silva es único y se nutrió de poetas franceses y de Darío. Aurelio Arturo también es una isla como el tuerto López. ¿Qué capilla le damos a Fernando Charry Lara? ¿En cuál sinagoga metemos a Henry Luque Muñoz? ¿Quién más único que León De Greiff como panida? ¿Dónde a Carlos Castro Saavedra con sus “fusiles y luceros”? ¿Cuál pagoda para Germán Pardo García?

Hay que dar por cierto que todo artista tiene influencias, aunque definir las sea gaseoso. Esa condición es inevitable. Pero de las influencias a las repeticiones, a la estructura de generaciones donde todos comen el mismo puré, hay una diferencia diametral. El mismo llamado piedracielismo, esfuerzo continuador de la obra de Juan Ramón Jiménez desde el nombre, es una amalgama. Si bien Eduardo Carranza

escribió las reglas, el *modus operandi* de sus amigos, la métrica, el ritmo y los temas, aparte de la prevalencia del soneto como métrica, resalta el individualismo, se impone. Jorge Rojas es inconfundible. La “frente de Teresa donde comienza el cielo” de Carranza, es también, único. Descarto de manera radical y sin esguince, la existencia de grupos o generaciones o ismos en la literatura colombiana. Sólo, únicamente, creo en individualidades dispersas por el territorio de la república. A partir de tal planteamiento coligo que lo hecho hasta ahora en la crítica literaria nacional ha sido excluyente. Esa cadena de generaciones desde modernistas, poetas de cántico o cuadernícolas, mito, eco y vanguardistas, entre otros sanedrines publicistas, ha sido perfecta para soslayar el estudio de la real literatura. Fragmentaron la “cultura” a la mejor manera europea. Recordemos en el viejo continente movimientos como el cubismo, el dadaísmo, el ultraísmo, el futurismo, el surrealismo y el creacionismo, entre otros ismos no menos famosos. Llegan a tanta desmesura esos analistas que hablan incluso de Los Leopardos de Manizales, como una generación de intelectuales agudos y literatos. No deliremos. Silvio Villegas, Eliseo Arango, vinculado también a la generación de los nuevos y, Augusto Ramírez Moreno, fueron ensayistas cargados de erudición y oropel, pero en lo fundamental, retóricos de plaza pública que sobre todo vociferaban emulando a Mussolini. A Silvio Villegas le echaban un barrendero de la administración de Manizales y era suficiente para que descendiera a los niveles más bajos del alma. Ellos fueron leopardos pero sin garras, de armas literarias de poco

filo, turiferarios. Así que ni nuevos ni leopardos. El único deliro grecolatino lo vivió la pacata Bogotá del siglo XIX. ¿En qué puede parecerse Silvio Villegas desde su conservatismo de camisa negra fascio a un liberal apropiado de la Revolución en Marcha de López Pumarejo como Jorge Zalamea? En nada, así de sencillo, en nada. Sin embargo, Juan Gustavo Cobo Borda, entre otros analistas de la literatura colombiana, los juntan, les dan el mismo puré. Lástima que Cobo Borda se haya estancado como un comentarista docto sin ningún interés por la polémica literaria. Su arribismo social y sus programas de televisión sobre recetas de cocina, tema del que sabe mucho, lo perdieron para la inteligencia colombiana. Es un glotón. Pero bueno, sigamos... Mussolini y Francisco Franco fueron las antorchas políticas de estos ridículos y trasnochados grecolatinos, lo mismo que para Eduardo Carranza fue José Antonio Primo de Rivera, otra camisa negra fascio. Los tales leopardos son un estigma de ripio y regazo parafraseando a Rafael Maya cuando escribió en su *Obra Crítica sobre grecolatinismo*. Los leopardos materializaron en sus descensos políticos la traición de los intelectuales. De orfeos se convirtieron en leones, de músicos en estridentes demagogos. Así que el Zalamea influido por Saint John Perse nada tiene que ver con don Silvio Villegas. Eso debe quedar claro. Los nuevos además sacaron apenas cinco ediciones de la revista fundacional del pretendido movimiento. Pero... ¿Qué hay de parecido entre Alberto Lleras Camargo, esa señora llena de gracia y buenos modales y León De Greiff? ¿Entre Germán Arciniegas y Luis Vidales? ¿Entre el liberal Jorge Zalamea y el

conservador ortodoxo caucano Rafael Maya? Nada. La fuerza de los escritores colombianos se mide desde su individualidad y no desde su agrupamiento. No tengo duda. Descarto de un plumazo el estudio de la literatura colombiana desde los anacrónicos y bien publicitados grupos, generaciones, sanedrines, rosquillas, corrillos y fundadores de revistas. Comparto una afirmación de Aurelio Arturo: “Yo no creo en la labor de las guerrillas literarias que periódicamente se organizan (...) Me parece, sí, que la labor del poeta debe ser más bien solitaria. Las labores de grupo sirven para calar en la sociedad, pero con el tiempo, de los grupos o movimientos literarios sólo van quedando las más prestantes figuras”. Para completar, un manizalita profesor de la Universidad de Caldas, publicó en recientes días un libro sobre una tal GENERACIÓN MUTANTE. Según él hay una nueva generación de escritores a la que llama mutante. Adivino que su bodrio es advenedizo, arribista, superficial. Un elaborado despropósito.

Pablo Escobar Gaviria marcó a toda una generación de escritores. Por supuesto, no será la generación del narcotráfico. Muchas individualidades en la poesía, el ensayo, la novela y el cuento. Uno que otro dramaturgo. No creo que los nuevos acontecimientos colombianos vayan a crear la generación de don Berna en la medida en que se escriba literatura sobre el paramilitarismo y sus crímenes o la generación del Mono Jojoy en igual sentido. Esos comparatistas separatistas encontraron en el difusionismo el mejor aliado para estudios tautológicos disimulados como ultragramaticales y filológicos descreste de

ingenuos. La armadura de generaciones, ismos o escuelas es un lastre colombiano, un embuste de malos profesores de español y literatura. ¿Dónde ubicamos a Epifanio Mejía? ¿Dónde los versos de Elías Martán Góngora? ¿Dónde Candelario Obeso? ¿Dónde Emilia Ayarce? Si seguimos con ese esperpento, con la generación del estado de sitio y otras generaciones, hablemos entonces de una vez de la generación de los carro-bombas, la generación de los burro bombas, y por supuesto, la generación de Don Berna y la generación literaria del Mono Jojoy. ¡Qué ridiculez! ¡Qué delirio! Se trata pues es de estudiar, de leer con rigor, de ejercer la disciplina investigativa. Esas clasificaciones deben mirarse como un simple convencionalismo. Es todo su alcance. No me importa ser un apóstata.

Los nuevos importaron las greguerías de Ramón Gómez de la Serna. Los piedracielistas a Juan Ramón Jiménez. Mito bebió de Europa. Los nadaístas se aferraron de escritores norteamericanos como Allen Ginsberg con sus “aullidos”. Los demás de Borges, Cavafy, Breton y Pessoa, entre otros, no menos importantes. No hay pues tales generaciones sino individualidades con influencias apenas lógicas. No existe un artista libre de ellas, sobre todo por las primeras lecturas y experiencias. ¿Qué tiene que ver con el modernismo la iconoclasia del Tuerto López? El es tan inclasificable como Aurelio Arturo. Llevar hasta el paraíso al duende de la Morada al Sur por su pretendida atipicidad poética es un sofisma. Aurelio es un gran poeta colombiano desde la intimidad y el afán estético de la palabra, pero no el más grande. La poesía

signada por el simple afán esteticista y evocador termina rendida. Su falta de dimensión humana la fulmina. Los áulicos del poeta mucho han mentido en sus testimonios. Hablan más de su vida personal, de su magistratura, de su calidad humana, su afabilidad y su timidez, que de su obra. Todo un cuento de hadas. Se quedaron repitiendo que publicó 32 poemas para llegar a tanta grandeza, cuando eso es mentira. Diferente es que no haya publicado todo lo que escribió. Su lenguaje denso de valores estéticos no es suficiente. Sus moldes escriturarios incitan la discusión. La convoco. Aurelio Arturo Martínez es un elevado poeta pero también el vocero principal de la poesía esclavista y terrateniente de Colombia. Su romanticismo es el más reaccionario de todos. El sustrato ideológico y político de su *Morada al Sur* es un espejo de la desigualdad, la miseria social, el país de ricos y pobres, terratenientes y siervos, que complacen al poeta en sus arrebatos líricos. Él no denuncia, él recrea. Su compromiso estético no tuvo inconveniente en hacerlo representante de un sistema de clases sórdido. Su paisajismo, su fiesta bucólica, su remembranza, sus versos como el famoso “Los días que uno tras otro son la vida”, no me parecen suficientes para su estruendoso pedestal. Ese bonachón conservador a ultranza activista del piedracielismo, no llena las expectativas. Me quedo con Silva. Llegó incluso a manifestar que “el inglés era el lenguaje de la poesía”. Nadie dijo nada. Algunos corrieron a celebrarlo. Ese es el tamaño de nuestra nacionalidad. Yo digo que nuestra poesía es el idioma español. Ya es hora de mirar la “otredad” de la literatura colombiana.

Tan atípico resulta Gonzalo Arango como Mario Rivero. Son individualidades. La poesía es una lo mismo que los poetas. Todos la abrazan a su manera, con sus orgasmos y masturbaciones, estrépitos y laceraciones. Lo único que une a José Antonio Osorio Lizarazo y a Fernando González son los desafortunados escritos para los dictadores Rafael Leonidas Trujillo, de República Dominicana y Juan Vicente Gómez, de Venezuela. El modernismo en latinoamérica nació con Darío y murió con él. Silva recibió sus influencias pero también es inclasificable. Qué decir del estilo de Domínguez Camargo. Sin embargo, está antes que Darío. Valencia es único como Barba Jacob o Ismael Enrique Arciniegas. Tiene influencias francesas, españolas y rubendarianas, pero en lo fundamental, es exclusivo. La marihuana y el homosexualismo como referentes del arte poético de Barba, considerado modernista tardío por analistas de la estupidez, no son de ninguna manera modernistas si nos atenemos al conservadurismo de esa forma. Los conservadores no escriben sobre homosexualismo ni cultivo de los vicios en ningún poema. Ellos son incapaces de esa herejía. Sé que no cometo palimpsesto. Digamos pues que no hay las tales generaciones sino una diversidad, unas individualidades donde cada uno mide sus propias fuerzas.

## LA LITERATURA DE LAS REGIONES

Colombia es un país de regiones, de homogeneidades, multicultural. Carece de una armonía fundacional. Nuestra heterogeneidad es inmensa, múltiple desde el comienzo de la llamada república. Somos una

nación y un territorio fragmentados desde el inicio institucional. Como nación unitaria no pasamos de un enunciado de la Constitución Nacional. La nuestra es una sociedad dividida, racial, multicultural, que a través del llamado mestizaje ha procurado un esbozo de cohesión histórica y política. El fondo de todo es una falacia. Para muestra entre 1830 y 1903 hubo en Colombia nueve guerras civiles generales, catorce guerras regionales, infinidad de insurrecciones, tres intentonas de cuartel y la separación de Panamá. Es una nación construida en la violencia, en la guerra fatigosa. Nuestro conflicto entre civilización y barbarie no se resuelve, parece eterno, mitológico.

En Colombia, el Presidente vive en Palacio, así se llaman sus aposentos. Los congresistas se reúnen en el Capitolio Nacional. Tiene pues el país un Palacio para su Primer Mandatario y un Capitolio para su restante clase política. Es la ostentación más contradictoria. El mundo perfecto del occidente clásico con la pobreza abyecta y excluyente del tercer mundo. ¿República unitaria? ¿Un país irreal? ¿Teatro del cinismo? Los no propietarios están excluidos, por fuera de cualquier proyecto nacional. La marginalidad es la condición natural, silvestre. A los que tienen mala memoria les recuerdo que la región de Antioquia tuvo como Presidente absoluto por varios años al reconocido criminal y narcotraficante Pablo Escobar Gaviria. En esa latitud colombiana no se movió una aguja sin el permiso del Presidente omnímodo hasta el día de su muerte. Fue un monarca en el sentido político europeo. En la región del Valle del Cauca gobernaron también como

presidentes los hermanos Rodríguez Orejuela. Tampoco se movió un hilo sin su consentimiento. En Boyacá fue también Presidente el esmeraldero Víctor Carranza. En el Sur del país gobernaron por varios años los Leonidas Vargas y gachas. En otras regiones los Carlos Castaño y demás paramilitares, amos y señores absolutos. ¿Colombia unitaria? ¿Motivo de burla?

La costa, los llanos, el amazonas y los andes, son una endogamia cultural. Las provincias son el país. En Antioquia, por ejemplo, los ricos hablan lo mismo que el pueblo mientras que en Bogotá, no. La región es una forma de vida, un estilo, una personalidad, una ideología que se apropia de parte del territorio nacional. Esto significa que donde no hay una homogeneidad no hay regionalismo. Colombia tiene unidad pero la uniformidad sólo se realiza en las regiones. Ese carácter marca la literatura. Para algunos por ejemplo regionalismo es sinónimo de provincialismo sinónimo de miopía universal. El mapa literario colombiano es en consecuencia muy distinto a las generaciones tradicionales descritas en los libros de español y crítica literaria. Acá no hay nuevos ni viejos, centenaristas ni desencantados. Sólo hay individualidades, escritores colombianos. No tenemos, pues, una literatura nacional. Una república tan joven, escindida y con instituciones tan débiles, tan inestables, sin partidos políticos estructurados y respetables, es muy difícil que pueda crear una literatura nacional. Eso necesita de mucha madurez. Tomás Carrasquilla desde su regionalismo antioqueño es universal según el profesor canadiense Kurt Levy. Su regionalismo se deriva de su lenguaje popular y campesino lo mismo que ocurre a Manuel

Mejía Vallejo. Pero son distintos, diferentes. No son de ninguna manera la generación de novelistas regionales antioqueños. Sería un delirio. Las formas lingüísticas del pueblo son su fuente de trabajo pero se expresan en la dimensión total de sus obras como individualidades. Colombia tiene en lo fundamental tres familias, tres regiones y varias subregiones. No significa la existencia de tres literaturas. Significa sí la diversidad de creadores, poetas y narradores. Antioquia, Caldas, Valle, las costas atlántica y pacífica, el altiplano cundiboyacense, Nariño y Cauca, tienen profundas diferencias. ¿Qué tal la región del sur y la región del norte? ¿Qué tal la Guajira? De manera que a pesar de tener en lo fundamental tres familias, Antioquia, el altiplano cundiboyacense y la Costa Atlántica, que nos hacen país de regiones, somos una diversidad en la diversidad. Se trata de una cultura polifónica, conflictiva hasta excesos, pero ante todo, creadora de literatura. Literatura como tristeza en ciertos momentos, como fiesta y algarabía en otros, literatura al fin de cuentas. Bueno, la literatura siempre será una fiesta, aun para denunciar los mayores desgarramientos o la anodina realidad. La literatura es una diosa Bachué que sale de los mares a fecundar el universo con todas sus implicaciones. Creo en la existencia de una vigorosa literatura en los municipios del país, en sus regiones, pero muy desconocida por el daño del difusionismo, de las generaciones, de los ismos. Decir que la poesía universal colombiana es José Asunción Silva o Porfirio Barba Jacob porque fue incluido en la Antología Laurel que prepararon Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, Juan Gil Albert y Octavio

Paz, en 1941, que abarca 38 poetas desde Unamuno a Borges, no es cierto. Mito por ejemplo no es ninguna generación. Conviene hablar es de una revista fundada por un intelectual muy entusiasta como fue Jorge Gaitán Durán, que en sus 42 números aparecidos entre 1955 y 1962, difundió a destacados escritores colombianos de estilos diferentes y por primera vez textos inéditos de autores vivos extranjeros de la mayor importancia como Carlos Fuentes, Octavio Paz, Luis Cernuda, Vicente Alexandre, Alejo Carpentier, Alejandra Pizarnik y Julio Cortázar y, en otros casos, estupendas traducciones, por ejemplo, de Rimbaud y Sade, éstas de Gaitán Durán. No olvidemos que en Mito se publicó por primera vez EL CORONEL NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA (1958) de García Márquez; fragmentos de LA CASA GRANDE (1962) de Álvaro Cepeda Samudio, editada luego en la colección de libros de Mito, de sus ediciones. Pedro Gómez Valderrama, la crítica Marta Traba, Rafael Gutiérrez Girardot, el filósofo Danilo Cruz Vélez y el crítico Hernando Valencia Goelkel, su codirector, pasaron por sus páginas. Como se observa no puede hablarse de una generación, sino de un grupo de amigos escritores, intelectuales y filósofos, comprometidos con la cultura literaria, que hace una revista. En consecuencia, hay que hablar es de la revista Mito y sus grandes aportes al conocimiento de la literatura continental y mundial y no de una generación Mito. Es tan cierto que con la muerte prematura de Gaitán Durán en un accidente aéreo en 1962, terminó el grupo y el mito. La literatura no es una cuestión de modas. Las llamadas generaciones son modas que empobrecen la crítica

literaria y blindan la medianía, ahí se esconde. ¿En qué puede parecerse el estilo novelado de Gómez Valderrama al ensayo incendiario de Gutiérrez Girardot? ¿Qué tienen de cercanía los ensayos filosóficos y eruditos de Cruz Vélez, equilibrados hasta el exceso, y la dinamita descalificadora de Marta Traba? Nada, nada y nada. No existe pues tal generación. Gaitán Durán fue un fogoso de la vida, intenso, apasionado en cada aurora. La vida intelectual, la escritura de poesía, la revista Mito y el trajín político, moldearon su personalidad. Un hombre extraordinario sin lugar a duda con todo su abismo de contradicciones como es propio de las grandes existencias.

Fue Mito entonces una revista que aglutinó a destacados intelectuales, poetas, ensayistas y narradores colombianos y extranjeros, como Eduardo Cote Lamus, Fernando Charry Lara y Octavio Paz, entre otros, ya mencionados, bajo el eretismo intelectual de Gaitán Durán.

El nadaísmo por su parte más que una forma de hacer literatura fue una rebeldía contra el frente nacional, un escándalo y una provocación suscitados desde la aparición del Manifiesto Nadaísta en 1958, firmado por Gonzalo Arango. Ese folleto de 42 páginas fue el comienzo de una agitación política barnizada de poesía y literatura, de anarquismo y existencialismo, de profundas contradicciones que finalmente se estallaron dispersando a sus seguidores en hospitales psiquiátricos por el exceso de todo, agencias de publicidad y escondites burocráticos. Más que una expresión literaria fue una atracción escandalosa de una Colombia silenciada, apabullada, herida de

muerte, por el asesinato de Gaitán, la violencia de más de trescientos mil muertos y la dictadura del General Rojas Pinilla que de ser una esperanza agudizó la frustración nacional. Gonzalo desertó también de esa dictadura, se retractó. El nadaísmo fue la única opción de circo ante tanto destrozo. También quemó libros como el nazismo. Hacer una hoguera con “La María” fue un acto fascista, una terrible equivocación. Esa intolerancia es una de las causas de la tragedia nacional, seguramente aprendida de nuestra clase política. Parece mentira. Se salvaron como individualidades, muy diferentes por cierto, muy disímiles, Mario Rivero, Jaime Jaramillo y Eduardo Escobar. Lo de J. Mario Arbeláez ha sido más propaganda y discursos fútiles y retahílicos. De literatura, uno que otro soplo. De Elmo Valencia ni se diga. Aún seguimos esperando su novela anunciada con bombos y platillos en la revista Nadaísmo 70. Mario Rivero sin dubitación alguna, fue el sobreviviente, la mayor exaltación poética. Jaime Jaramillo la otra estrella.

Colombia no tiene generaciones poéticas sino escritores. Los escritores colombianos. El único momento de una tradición fue el gramatical y reaccionario de 1886 a 1930, fecha del acabose de la hegemonía conservadora. Es la época de los gramáticos pedantes que tanto daño hicieron. Mientras nos llamaban la Atenas Suramericana masacrábamos en las bananeras, escamoteábamos reformas agrarias y practicábamos la violencia secular. Lo de gramáticos era el barniz, el traje de una república y unos gobiernos

absolutistas. No olvidemos la guerra de los mil días, ni el asesinato del General Rafael Uribe Uribe ni la compra venta de Panamá. Los Núñez, Caros, Cuervos, Suárez y Marroquines, camaleones entre la gramática y el poder conservador, crearon una tradición no desde la creación poética sino desde la técnica del lenguaje español. Fueron esdrújulos que no metáforas. Su espectáculo fue pintoresco. Hartos quedamos de los Rafael María Carrasquilla.

El nadaísmo fue un estrépito, un accidente aparatoso para una Colombia oprimida y acribillada. Supieron apropiarse además de la generación beat de Henry Miller a Jack Kerouac, del hipismo y el mayo francés. Sin duda fue un movimiento subversivo.

La iconografía actual es bastante compleja. Entre la Colombia del 31 de diciembre de 1956 cuando el periódico Time se refirió a nuestra violencia como The Silent War, la guerra silenciosa, y la de hoy, donde la guerra ha sido todo menos silenciosa, el modernismo, los mitos, los ecos, las nadas y los desencantos, se esfuman, desaparecen. Lo que hay en la literatura nuestra desde la colonia y Domínguez Camargo es una generación sin nombre, denominación acuñada por una antología publicada en España y abordada también por Samuel Jaramillo. No se trata de escritores o de una generación perdida y atomizada por la violencia y el estado de sitio, sino de escritores sin generación, sin nombre, individualidades. Es conclusión irrefutable que por sufrir una violencia secular todos permanecemos, en apariencia, perdidos. Pero qué va. La única

generación perdida entre las dos guerras mundiales es la de Hemingway, Scott Fitzgerald, Faulkner, John Steinbeck, Erza Pound, Gertrude Stein, Pablo Picasso y Henry Matisse. Lo demás es paja. Tenemos todos los estilos, todas las formas y los fondos de la literatura y, por supuesto, las vanguardias, no vanguardias postmodernistas, pues ese es un artilugio intelectual que está blindando la mediocridad de más de un pseudoartista simulador de posturas estéticas. No olvidemos que Octavio Paz, ese “Ortega y Gasset con poncho” al decir de Gutiérrez Girardot, le expidió a la vanguardia el acta de defunción en 1967.

Colombia, pues, nunca tuvo generaciones, sólo individualidades hoy más que nunca multiplicadas en las regiones y convertidas en el objeto de estudio de nuestra literatura. Ya no son suficientes los escritores hijos del difusionismo inmediatista de periódicos y magazines del centralismo mohoso colombiano. Tampoco los publicitados como modelos de pasarela por las más importantes y globalizadas editoriales. Menos los ganadores de concursos literarios, algunos adictos vergonzantes que cada año participan por lo menos en diez haciendo de la literatura una alcancía. El miramiento tiene que ser otro: individual y regional. Esa es la nueva metodología. Ampliar las miradas a las regiones sin exclusión. Un país con pocos periódicos, difíciles condiciones económicas para publicar, políticas editoriales de demanda y oferta donde prevalece la subliteratura judicial muy propia para guiones cinematográficos, disfrazada como literatura urbana, industrial, necesariamente carece de un

inventario real de sus escritores, la mayoría de los cuales sobrevive a ediciones de su propio peculio que no superan los mil ejemplares. Ahí está la importancia de las organizaciones de escritores y talleres y cafés literarios. Es una lástima que para la mayoría de directivos universitarios los talleres literarios sean sinónimo de despilfarro y diletancia. La idea es apropiarlos en los presupuestos recursos suficientes para la investigación literaria y la publicación de libros y revistas, de investigaciones y antologías. Esa tarea puede emprenderse con la interventoría de profesores de literatura y departamentos de investigación.

El estudio de la literatura de los últimos treinta y cinco años es urgente, el inventario, lo cualitativo y cuantitativo. Si entre 1965 y 1980 se publicaron cerca de 120 libros de poetas nacidos después de 1945, según informe de Isaías Peña Gutiérrez, qué podemos decir entre 1980 y 2005. La cifra es aterradora. La única manera de llegar a esa aproximación tan esclarecedora es regionalizando la literatura, mirando el territorio como una totalidad, erosionando el centralismo de los análisis. La nueva literatura colombiana nada tiene que ver con endecasílabos, tercetos y décimas. Es una literatura dispersa, polifónica como el país, en búsqueda permanente y con seguridad retraída por la melancolía que nos caracteriza. El ser nuestro es nostálgico, saudade, por eso nuestra poesía lúgubre como creación dominante. Ella expresa nuestras miserias. No encuentra otra manera de subvertir la realidad. El erotismo es la otra furia, eros y tánatos. No es en consecuencia una escritura de profesores de literatura ni de fumadores tomadores de tinto

compradores de lotería. Nuestra lista de escritores es larga, nuestra poesía un acéano aunque los estudios profundos están por hacerse. Sólo en el Breviario de Poesía Contemporánea de Caldas, aparecido en 2002, hay un índice de 150 poetas. Risaralda, Valle, Cauca y Nariño, tienen sus propios. Y así por toda la geografía nacional. En la mera Costa Atlántica la producción de libros es incalculable. No se crea que puras naderías, cursilerías, pastiches, poesía roñosa y clandestina. Gran poesía para decirlo de una vez. Ahora bien. No hay tampoco un inventario de lo publicado en revistas literarias en los últimos veinte años. Es urgente iniciar esa tarea. Revisar publicaciones de la importancia de Número, Malpensante, Revista Casa Silva, Revista Universidad de Antioquia y MEFISTO, la más antigua con 20 años y 57 números que suman cerca de 4000 páginas. En esas revistas hay hallazgos de sus directores, descubrimientos

## LA MUJER TIENE UN LUGAR

fundada en 1973 y supera los 150 números.

y difusión de poemas, cuentos y ensayos, de suficiente interés para la crítica. Golpe de Dados fue

La exclusión de las escritoras colombianas ha sido constante en antologías y estudios críticos. Aparecen como islas pero no como una expresión sólida y ampulosa de la poesía, la novela y la narrativa general. Hay que afirmar sin

esguinces sexistas que la mujer tiene ganado hace varios años un lugar destacado en la literatura colombiana. Ya puede hacerse un inventario sobre su obra. El menosprecio que las trata como líricas lloriqueras es nocivo. Es muy cierto que hay numerosos libros del mismo llanto de Julio Flórez, pero no es la norma. Sólo mirar el trabajo poético de las asistentes a los 21 encuentros de poetas Colombianas realizados en Roldanillo, Valle, por feliz iniciativa del Maestro Omar Rayo y su esposa la poeta Águeda Pizarro, conlleva un trabajo de investigación exhaustivo. Son 21 años donde las voces de nuestras poetas han ratificado que su existencia en el panorama literario colombiano no es inferior al de los hombres. Si estableciéramos el patrimonio bibliográfico de las poetas por regiones, su número sería elevado. Colombia tiene una literatura hecha por mujeres que honra la vida cultural latinoamericana. Observar por ejemplo el trabajo de la Fundación de Poetas Vallecaucanas que preside Amparo Romero Vásquez, causa emoción. En su libro *Verbum Poetas Colombianas*, aparecen no menos de diez escritoras de inspirado numen. No son poetas clericales, de manto y rosario, no son plañideras. Son poetas sometidas al vértigo de la palabra, del erotismo, de las preguntas que acosan la zozobra colombiana. La guerra contra el machismo fue letal en algunas poetas. Eso ya no ocurre. Han asumido el género, la ciudad como reflexión creativa, la tensión entre literatura y sociedad y, literatura y ciudad, la pluralidad de un lenguaje. Se descubre en su poesía que la marginalidad es olvido y que la gramática no es

## SOBRE LOS ESCRITORES MERCENARIOS

divina. Las prostitutas y los asesinos, el amor gay, la ciudad con sus malos olores y todos los componentes de la vida moderna, están presentes. Ya no se escribe sobre doncellas, poesía aérea y levitante, tradición anacrónica. Lo suyo es un estrujarse. Es una nueva mirada y una nueva literatura. Entendieron hace mucho rato que la ciudad transformó nuestra lírica.

Hay escritores mercenarios como racimos. Los que sobreviven participando en todos los concursos literarios habidos y por haber. Esos no escriben sino que participan en concursos detrás de cualquier plato de lentejas. Los que entregan una obra literaria a un guionista de televisión sin importarles que cambien el contexto de fondo total de que haya estipendio. Los que hacen de jurados de concursos y arreglan el fallo con monedas bajo la mesa. Los que escriben para editoriales, revistas y periódicos, temas por encargo. Los que despotrican de todo y no han leído sino cuatro o cinco carátulas de novelas colombianas.

Cualquier actividad que desarrolle el artista por fuera de su arte, lo expone, lo arriesga. A esa doble condición hay que tratar de escaparle a cualquier precio, aun el del hambre y la necesidad, algo que suena muy a Flores del Mal. Dudo mucho de los artistas frusleros preocupados por el plato engañoso de su jubilación. Morir en arte es una bendición. Ese es el ideal del espíritu del arte. Colombia para desazón está poblado de escritores mercenarios. Verdaderos burócratas y contratistas y

usureros cuya mayor ambición es el poder y la pasarela. Pobres miserables, su delirio es mayor. Se suman a la comedia tropical de que hablaba Jorge Zalamea. Sus escritos son verdaderas bombas lacrimógenas. No dejan sino desmayo y confusión. El momento actual de la literatura no necesita de esos panzones.

Es triste observar cómo historiadores de la violencia colombiana que no literatos, llegan como si nada a universidades y ferias del libro a sentar cátedra sobre lo que debe ser el ejercicio profesional del escritor. Creen que la única violencia ha sido la conservadora de CÓNDORES NO ENTIERRAN TODOS LOS DÍAS y EL ÚLTIMO GAMONAL. Pasan de agache el traumatismo del narcotráfico y la corrupción. Verdaderos colaboracionistas. Muchos de ellos con sentencias condenatorias de las altas cortes de justicia. Qué tal un embajador de Colombia que también escribe literatura quitándole la energía y el agua de la india a dos de sus subalternos para obligarlos a renunciar. ¿Qué ética pueden esgrimir? Es posible que sea un agradable conversador radial, un intelectual colombiano, pero no menos cierto, que también entra en la lista de los escritores mercenarios igualito a los que escriben por encargo discursos de políticos de turno y crónicas pagadas para revistas de peluquería, belleza y moda. Cualquiera no puede ser Marcel Proust. La falta de ética que rodea a la inteligencia colombiana es un delirio, una ataraxia. Necesitamos nuestro propio revolcón, subvertir la literatura, comprometerla con el hombre y la vida, proscribirla de todo olor a muerte. El escritor debe denunciar pero no participar. Decir pero no cohonestar. Esa tiene que ser la nueva ética

escritural colombiana, la vida como el arte si se quiere. No necesitamos escritores emasculados para la historia. Creo en el ejercicio de la política hoy más que nunca, es decir, la literatura al servicio de los demás. No en la política como corrupción, complicidad, impostura y destrucción de América Latina. Los escritores colombianos son en su mayoría genuflexos, trepadores, subsumidos por el poder cultural estatal donde predicán, cobran conferencias y se mueven como pavos en la coctelería. No conocen la independencia. Su gatillo literario es el de la sobrevivencia. No pocos tienen rodilleras ante el poder de turno para acceder a cargos diplomáticos. Lo hacen como una tradición. Desconocen con cinismo que hasta ahí llega cualquier capacidad de discernimiento, es la renuncia a la facultad contestataria, la entrega de la autonomía. De lagartos pasan a dromedarios. Con esa ética es difícil construir una identidad. Desconocer que el arte tiene una sociología es la postura más reaccionaria. Nuestra literatura está permeada, al parecer sin escape posible, por una sociología advenediza, tartufa, camaleónica, que la convierte en un lánguido tentáculo de la estructura de poder. Es el juego de las vanidades, de los sanedrines, donde se aborrece lo local como si en lo local no estuviera la identidad y la grandeza de una nación. El discurso contra lo parroquial esconde una censura, una burla, una intolerancia. Es el centralismo descalificador y excluyente, amurallado, la negación del ser de nuestra historia, la postura de grupúsculos creídos intocables y refundidos en una obra literaria y artística de tinta de fríjol. Los escritores

tienen una responsabilidad, evadirla, es asunto ético. Debe terminar la zarzuela, o si se quiere, la parodia. La literatura y el arte tienen que estar por encima de la guerra y el canibalismo, de la apatía que es otra forma de la guerra y la estupidez.

Es muy difícil darse a conocer como escritor en Colombia. Eso de escribir para guardar lo dicen los que no escriben, los mentirosos. El verdadero escritor quiere lectores, quiere ser conocido. Esos que afirman tener veinte novelas guardadas porque escriben por el mero placer solitario, deliran, engañan. No creo en esa fraseología. Entre querer y ser hay una diferencia determinada por la capacidad de trabajo y el estudio. Entre nosotros, pocos trabajan desde la mañana el juego de abalorios. El verdadero escritor lo hace para la sociedad, para la vida. Creo ciegamente en la función social de la literatura que importa que me tilden de sartreano anacrónico. Considero que los grandes conflictos colombianos y continentales hacen más perentoria esa función. La literatura tiene que superar la realidad denunciándola. La lírica por la lírica no es suficiente. Rima, ritmo y denuncia son la perfección colombiana. Sin embargo, es duro surgir, flotar, ser escuchado en ésta república excluyente. Ahora no hay siquiera magazines literarios. Hasta hace veinte años los magazines de los domingos, en especial de El Tiempo y El Espectador, orientaban. Ellos señalaban quién era escritor y quién no. Ejercieron el difusionismo más aplastante. La exclusión y la repetición de los mismos fue la

línea literaria. Juan Manuel Roca cuando dirigió el Magazín de El Espectador hizo también mucho daño. A pesar de sus buenas selecciones internacionales sobre todo en poética desterró todo lo que oliera a juventud escritural. Roca armó en El Espectador una cofradía corrosiva, aplicó la férula contra los nuevos escritores. Sin embargo, los magazines, a pesar de toda esa equívoca orientación, aportaron. Hoy no aportan nada. El de El Tiempo es un librito para hacer política liberal conservadora y reproducir el pensamiento neoliberal norteamericano. El de El Espectador desapareció. De manera que con editoriales también clientelistas, donde obligan a escribir crónicas judiciales; con falta de magazines, revistas y periódicos; con un sartal de concursos literarios que nada dicen si miramos la mayoría de obras ganadoras; con políticos apenas untados de periodismo y abogados que ejercen como poetas vergonzantes, es difícil ser leído. Pienso que después de aclarar que Colombia es un país de regiones con una gran literatura multiplicada en todos sus rincones pero bastante desconocida por la falta de oportunidades y la difícil situación económica limitante de los creadores, debe surgir la pregunta fundamental: ¿Cómo publico mi libro y lo hago conocer? ¿Cómo muestro el poemario? ¿Cómo escapo a la vida provinciana? ¿Cómo me hago leer? Escritor que no sea leído no existe. La aspiración es presentarse en sociedad. Es el pago del esfuerzo de días y noches en la soledad. Además, porque insisto en la función social del intelectual, del escritor, desde la transparencia y el rigor. Ello porque la literatura es lo contrario de improvisación y facilidad. Es acción permanente. No se

puede ser un figurón, un arlequín. Bien decía Alfonso Reyes que " la poesía es un combate con el lenguaje". El centralismo se burla de las "glorias locales". ¿Cómo no serlo? Salvo que uno quiera ser "un bardo con piojos". Pero, qué tal ser leído en el extranjero. Un imposible económico. Sacar libros y revistas colombianos al exterior es muy difícil. No hay ningún subsidio. Las tarifas son plenas como si los escritores fueran accionistas del sector financiero. No hay ninguna ayuda gubernamental ni privada. Desde luego que eso debilita la imagen escritural y artística de Colombia y aumenta la insularidad intelectual. En ese sentido la globalización no sirve para mierda. Un autor publica un libro de su propio peculio y para enviárselo a un escritor o a un académico de otro país debe endeudarse. Sacar cien mil o doscientos mil pesos que cuesta un libro de más de un kilo para despacharlo por ejemplo a Viena, es un harakiri. El daño que está causando la insularidad colombiana a la lectura de nuestros autores es leviatánico, sobre todo cuando hay creaciones de todo orden, de la mayor importancia. Colombia tiene autores en extremo interesantes, en todas las áreas, pero muy especialmente en la literaria y filosófica, que ameritan ser leídos en el extranjero. Pero no, sus libros que son tirajes de mil ejemplares se quedan en el territorio nacional. Sacar de ese tiraje al menos doscientos al exterior sería lo ideal. En ese aspecto seguimos siendo una colonia, una presencia sin ojos con el mundo, sin controversia universal. Igual sucede con las revistas. La llamada aldea global está en pañales. Claro que somos insulares en la literatura. Claro que estamos aislados. La tragedia es mayor cuando Colombia nunca ha tenido un

Ministerio de Cultura sino una casa en el aire, valga decir, un vallenato. El estado médico general de la cultura es agónico. Ese circo de vividores y filipichines no vale la pena. En lo esencial se trata de un trofeo, de una medalla, para señoras feas y alharaquientas, con verrugas en la cara y bozo. Ese cargo de tanta significación para una nación nunca ha sido alcanzado por méritos. Como sainete me parece bastante espantoso. Sigamos... Necesitamos leernos más entre nosotros y hacernos leer en el extranjero. Eso es de capital importancia. Así atacamos de manera frontal la insularidad. México y Argentina no tienen más escritores que nosotros, lo que pasa es que han sido menos insulares, más difundidos. Sus instituciones y sus gentes han tenido más generosidad con sus escritores. No basta con tener buenos autores sino buenos lectores. Hay que mostrarse con entusiasmo, esa debe ser la actitud de una literatura respetable como la nuestra. Los autores más descollantes de Colombia se han abierto las puertas en el extranjero a base de lucha, de una insistencia casi enfermiza. Quiero significar que ser reconocido en el extranjero es determinante. Han sido aceptados entre nosotros después de alcanzar prestigio en otros países. Así somos. En eso sí tenemos diferencia con Argentina y México. Allá hay más entusiasmo entre los lectores y, los autores son leídos en el exterior, sin exiliarse ni ausentarse. Precisamente porque también son menos insulares. A José Asunción Silva, para muchos el primer poeta colombiano, lo internacionalizó la pluma de Miguel de Unamuno y no hace mucho un gran esfuerzo editorial y propagandístico de la Casa de Poesía Silva

de Bogotá, bajo la dirección de la extinta María Mercedes Carranza. Estamos refiriéndonos a un poeta de finales del siglo XIX. “La Vorágine” de José Eustasio Rivera se posicionó en el exterior gracias a un comentario de Jorge Luis Borges quien declaró que “no tenía la sensación de haber leído un libro sino de haber estado en un sitio”. Porfirio Barba Jacob se hizo sentir gracias a sus viajes y sobre todo a su permanencia en México donde apareció en la Antología Laurel en el año 1941. El libro “El Mensajero” de Fernando Vallejo contribuyó también y de qué manera a su difusión. Lástima que en la última edición de Laurel lo hayan borrado al parecer por la presión y enemistad que siempre tuvo de Octavio Paz. Para Paz el poeta de la Canción de la Vida Profunda no era ningún bardo y había que sacarlo como fuera de la literatura comentada en México. Pidió que lo excluyeran de cualquier antología. Trató de dañarlo a cualquier precio. Lo odió. Le cayó gordo. A Jorge Isaac lo salvó un elaborado ensayo de Borges cuando ya en Colombia empezaba su defenestración. García Márquez fue un luchador incansable en el exterior fortalecido por comentarios en medios internacionales, por supuesto, antes de la obtención del Nobel. José María Vargas Vila fue fruto de un gigante esfuerzo personal. De tal manera que la insularidad ha sido y sigue siendo una gran debilidad para los autores colombianos. La mayoría de nuestros autores, llenos de méritos, dignos de figuración mundial, no son conocidos. Somos una isla, un aislamiento dañino. Necesitamos entonces que nuestros creadores sean conocidos por los colombianos y por los extranjeros. Ahora bien. Me parecen simuladores, escabrosos,

impostores, ciertos académicos que no críticos literarios, cuando afirman que la poesía colombiana no existe. Me refiero sobre todo a Nicolás Suescún, un traductor destacado que escribe crítica y la niega, afirmando que es ante todo poeta, cuentista y antinovelista. Ese es un falso y un pedante. Hace parte de los críticos literarios bifrontes que lo que escriben son comentarios de libros, reseñas, pero que saben con gran agilidad clavar la puñalada marranera. Todo para ellos es una profunda y obtusa disquisición engatusadora de bobos. Son hispanistas alemanes o franceses o nórdicos que desdeñan, y de qué manera, todo lo nuestro. Para Suescún y sus seguidores, los poetas colombianos son simples provincianos sin valor alguno. La gloria para ellos no es más que una estatuilla donde se cagan las palomas, parafraseando a Fernando Vallejo. Escritores atrasados como el atraso mismo del país. Sin duda son comentarios esperpénticos como ellos mismos. Envilecen definitivamente a los autores. No esconden su desarraigo. Ellos insisten en que mientras Colombia no produzca un Neruda o un Darío, no existimos como poetas. Para ellos nuestro devenir literario es deprimente. Nuestras pequeñas ciudades lodazales donde sólo anida la ignorancia y la miseria. Olvidaron que la gran literatura se ha hecho en la provincia, desde Cien Años de Soledad hasta Cervantes, Balzac, Whitman, Tolstoy y Flaubert. Para ellos el único registro civil de nacimiento de la literatura es Londres o París. ¡Qué imbecilidad! Cada que tienen oportunidad de escribir en un periódico o una revista extranjera no pierden tiempo para denostar, para denigrar, para borrar de un plumazo todo el constructo literario colombiano.

No sienten pena por su país. Edifican en la impostura. Dice el académico y traductor de cenáculos cerrados, don Nicolás Suescún : “ En este siglo de las comunicaciones rápidas no llegaron las vanguardias poéticas. Hubo un destello surrealista en Suenan Timbres de Luis Vidales, que no tuvo continuación alguna, ni siquiera en la obra del propio autor. Por otro lado no ha brotado en nuestra tierra un gran poeta, comparable a Rubén Darío, Borges, Vallejo o Neruda. En la reciente segunda edición de la gran antología Laurel de la poesía contemporánea hispanoamericana, desapareció Barba Jacob, el único colombiano incluido en la primera, de 1941. Sin embargo ¡vaya ironía! nos consideramos un país de poetas”. ( Revista Diners, edición septiembre de 1998, página 32 ). Suescún no se burla de las antologías poéticas como la realizada por Rogelio Echavarría porque sean amiguistas y excluyentes, sino porque para él ninguna antología poética tiene razón de ser. Al no haber poetas no tiene por qué haber antologías. Tiene huevo Suescún. Entiende que somos atrasados pero pasa de agache con las consecuencias de ese atraso. Desconoce la insularidad y los graves problemas que padece la literatura colombiana. Tanta arrogancia ha causado mucho daño. Tienen estos personajes un yo tan alto que donde se caigan se matan. Para

RAÚL  
GÓMEZ JATTIN :  
UN MARGINAL  
MITIFICADO

rematar no reivindicar sino el inglés como lenguaje poético. Lo califican con pompa como el nuevo lenguaje universal. No sienten el español. Lo consideran de mala categoría

gramatical. Qué dirán entonces de nuestras lenguas aborígenes. Refuerzan sus comentarios aprovechándose de Aurelio Arturo cuando dijo que “el inglés era el idioma de la poesía”. Ciertamente hay mucho carnívoro. Me vienen a la cabeza unos versos anónimos : “feliz viandante / del corazón sin prisa / que distingues el árbol / de un piano y la ceniza / el destino te guarde / la memoria impoluta / pues hay quienes confunden / la madre con un gato / y un piano es un cenicero / para esos hijueputas”.

Gómez Jattin nació en Cereté en 1945 --otras fuentes indican que nació en Cartagena y fue llevado a Cereté a los dos meses -- y en la mañana del 22 de mayo de 1997 lo estripó un bus, en Cartagena. Es mentira que se le tiró. Hay pruebas suficientes para demostrar que un miserable bus de transporte urbano, arrolló aparatosamente a un marginal más miserable y destartado. Cubierto por mugre, descalzo, barbado como un prehistórico, con un diente renegrido adelante y los oídos tapados de cera, expiró a los 52 años quien se convertiría en un mito gracias al chisme y la conseja. Su madre, Lola Jattin, era árabe y su padre colombiano. Ese sincretismo, normalmente explosivo, lo estalló. Odió como el que más a la mujer que lo parió. La perdonó pero nunca cedió al odio reprimido y pulverizador. “Madre yo te perdono el haberme traído al mundo / aunque el mundo no me reconcilie contigo”. Su insuperado edipismo y consecuente homosexualismo

refrenado, de escapatate, lo arrojaron al infierno. Al final se destapó. Asumió de frente su condición gay. Un hombre muy agresivo, exageradamente peligroso, para nada confiable. “Y un consejo / no te encuentres conmigo”. “ Fue a visitar a los viejos amigos / y estos le cerraron las puertas en la cara”. Estudió Derecho en Bogotá en sus años de equilibrio escondido. La Universidad Externado lo vio por sus pasillos leyendo a Pessoa, Yourcenar, Octavio Paz y Cavafis. Amó profundamente a una mujer. La dramaturgia estuvo entre sus prácticas. Tuvo amigos poetas con prestigio.

Publicó los libros POEMAS en 1980, en marzo de 1988 la Fundación Simón y Lola Guberek lanzó TRÍPTICO CERETEANO que contiene tres libros RETRATOS, AMANECER EN EL VALLE DEL SINÚ y DEL AMOR escritos entre 1980 y 1987, HIJOS DEL TIEMPO en 1989, EL ESPLENDOR DE LA MARIPOSA en 1993, POESÍA 1980-1989, selección realizada por Editorial Norma y, uno que dejó inédito, LOS POETAS- AMOR MÍO. EL ESPLENDOR DE LA MARIPOSA contiene 15 textos desastre. Ahí nada se salva. Puro cesto, ripio lacerante. Su poética fue breve, intensa en algunos casos y desigual hasta el delirio.

La mayoría de sus poemas es odio concentrado y morbosidad convertida en erotismo por algunos imbéciles masturbados. Desde luego que a un poeta que le sobreviven al menos tres estrofas, toca reconocerlo en el olimpo. Pero la obra de Gómez Jattin es ante todo improvisación ultraísta, versificación libre de metros, neurosis edípica de homosexual reprimido

escandaloso y peligroso. ¡Qué pereza! Se quedó como un mito, como un elevado poeta sin serlo, gracias al exagerado comentario de tanto bardo carnavalesco de “Gruta Simbólica” que frecuenta la vida intelectual colombiana. Ciertos apuntes críticos aparecidos después de su muerte en revistas de la mayor importancia como Casa Silva, son más el efecto de la amistad y la conmiseración con el drogadicto perdido que pudo ser alguien en el panorama de nuestros versos. Respiran frustración y nostalgia por lo que pudo pero no fue. Sin embargo, todas esas notas, esos ditirambos, han fortalecido un mito que hay que dilucidar para que en adelante pongamos freno a la exaltación de la estulticia, los poemas subterráneos y la esclusa alcohólica, pero sobre todo, al ser peligroso y despreciable que fue Gómez Jattin, lanzado por la vida, de la ebriedad a los incandescentes infiernos. Qué burla me producen quienes lo comparan con Antonin Artaud. Tienen huevo.

Conviene aclarar que los versos hermosos de Jattin, esos cuantos, fueron escritos antes de su agonía neurótica que tanto golpeó a sus amigos cercanos, víctimas algunos de sus viarazas y contusiones. Ese marginal fue muy bueno para las trompadas y no respetó ni la salida de la Casa de Poesía Silva, allá en el barrio La Candelaria, donde al director de la revista Puesto de Combate, ¡Vaya ironía!, casi lo arrebató de esta vida. Milciades Arévalo, el escritor que empezó a difundirlo, a presentarlo en sociedad, terminó tildándolo de “peligroso y despreciable”. Jattin, el estudiante de Bogotá, fue un hombre sometido al trasegar poético, a la lectura de clásicos, al teatro y la disciplina

del artista. Pero no llegó como debió. Lo suyo es más un mito que una obra poética, un comentario sobre sus dolores y su locura nostálgica, que un reconocimiento de la crítica literaria. Se defiende con ingenuidad una aparente transgresión contra el pudor, unos polvos zoofílicos. ¡Pura paja! El único mariguano homosexual de la poesía colombiana es Porfirio Barba-Jacob. Jattin es una mezcla de admiración, amor inocente y compasión. Su alienación agresiva lo catapultó. Su marginalidad lo volvió mito. Esa es Colombia, tierra de intrigas donde la manipulación del chisme es fácil. Jattin es el sentimiento de culpa de sus amigos. Ellos lo vieron caer al infierno impotentes. “En este cuerpo/en el cual la vida ya anochece/vivo yo/vientre blando y cabeza calva/pocos dientes/y yo adentro/como un condenado”. Al final, lograron de su marginalidad y su muerte, un mito. Esa es la medalla que le impusieron a Jattin. En Colombia todo artista mediocre que se suicide, se deje estripar de un bus, se torne marginal, homosexual y mariguano o se deslice por el mundo del crimen y el alcohol, se inmortaliza, se lo toma como un genio. En el caso de Jattin no se trata de escamotear ni de trivializar su obra, simplemente de ponerle la nueva lupa, de hacerle otro miramiento con absoluta impiedad, como bien lo preconizaba Marta Traba del ejercicio de la crítica de arte. Eso de estar eternizando medianías no conviene a los intereses de la literatura. La literatura es o no es, no permite el estropajo ni el estropicio. No podemos seguir endiosando a pequeños

**CARENCIA DE UNA** diablitos. Raúl Gómez Jattin  
**CRÍTICA LITERARIA** es un mito que hay que

desmontar. Su vida es, ante todo, un anecdotario de morbosidades, y su escritura, un guión extraliterario. Pesa más el yo de Jattin que su obra. Su neurosis no se cristalizó en creación estética. Se trató de un esquizoide depresivo más cercano a la vulgaridad que a la estética. No le pasó como a las existencias superiores donde la neurosis es una catarsis de estética. Su conflicto onírico no se resolvió a favor del arte sino de la locura sin grandeza, el escándalo de bajo perfil y la estridencia que tanto gusta a ciertos principiantes creídos Rimbaud. Jattin se refugió en la muerte y no en la vida que representa toda actitud estética. La estética es el ejercicio de la vida y la vulgaridad de la muerte. Lo conmovedor de él es su vida y no su obra. Lo de Jattin es una vida atormentada cargada de escritos a la mejor manera de las crónicas judiciales y las radionovelas desgarradoras. Dejemos pues de botar tanta corriente, de hablar tanta mierda.

No hay crítica literaria en Colombia. Con la revista Mito brillaron Hernando Téllez, Hernando Valencia Goelkel, Rafael Gutiérrez Girardot y, en otras épocas, con una crítica diversa, Nicolás Suescún el traductor pedante de Colombia--, Rafael Maya, Baldomero Sanín Cano, Germán Espinosa que escribió un texto excelente de otro cartagenero como el Tuerto López; Jaime Mejía Duque que escribió sobre La María, Bernardo Arias Trujillo y momentos de la poesía colombiana, entre otros textos críticos mirados desde una óptica marxista y

sicoanalítica. Jaime no volvió a publicar hace varios años. Su salida de El Tiempo y su compromiso decidido con Cuba, país donde ha sido en varias oportunidades jurado del Concurso Casa de las Américas, lo perdieron para la crítica literaria. Se quedó en el realismo socialista. Sus últimos escritos aparecieron en la Revista Consigna. Juan Carlos Moyano es otro ensayista que aborda temas desde Antonin Artaud a Sor Juana Inés de la Cruz, con gran capacidad, pero no podría incluirse como un crítico de literatura nacional en su significación severa y polémica. En general y con alguna excepción de campanario, Colombia no tiene críticos literarios y eso está dañando a los escritores y a la literatura misma. Debe ejercerse con la cordialidad que enseñó el maestro Alfonso Reyes pero sin que pierda su agudeza. Debe además estar libre de amiguismos y genuflexiones, o como decía Marta Traba, “ser honestamente impiadosa”. La polémica no puede estar ausente de la crítica. Cuando la crítica no genera polémica lo que hay es un tratado de retórica o un comentario por lo general sesgado o el resumen de un argumento algo en lo cual abundan nuestras revistas de literatura y arte. Escribir el argumento de una novela en una revista es la mejor manera de quedar bien con dios y con el diablo. Sin embargo, muchas anuncian esos escritos espurios como sección de crítica. La crítica es fundamental y es otro cuento. Para dar un ejemplo clásico, de no ser por Marta Traba no hubieran surgido al panorama del arte algunos de nuestros grandes pintores y escultores. Aunque se haya equivocado en la apreciación de varios, ese comentario, esa diatriba solemne, los catapultó en

gran medida. Ahora que ha muerto en Alemania Gutiérrez Girardot puede afirmarse que la crítica, la poca que hemos gozado, entra a cuidados intensivos. Hay comentaristas de libros, escritores de panegíricos de medio moño, pero no críticos literarios. Disraeli afirmó alguna vez que “los críticos eran hombres que habían fracasado en la literatura”. ¡Cuánto lo siento! Su apreciación es equívoca del cielo a la tierra. ¿Alguien descalificaría, por ejemplo, la crítica literaria, abundante por demás, de Borges? Quién lo creyera. Borges tan erudito y tan de buenas modales, sí que fue despiadado cuando la necesidad lo impuso. Sin duda, un verdadero crítico, jamás un plumífero enredado en álgebras lingüísticas. Hernando Valencia Goelkel dijo que “el trabajo del crítico no es buscar libros mediocres; es identificar los excelentes que llegan a sus manos y dar cuenta, lo mejor posible, de sus excelencias”. Lamentablemente cuando la mediocridad es convertida en excelencia por críticos de la oficialidad y medios de comunicación acrílicos, hay que denunciarlo. Muchos de los libros registrados como excelencias escriturales son de una “iridiscente mediocridad”, como dijera Cyril Connolly. Goelkel entendió el ejercicio de la crítica como sinónimo de aprobación y difusión, lo mismo que Steiner. Discrepo. El crítico tiene que ser dueño de un fino látigo, no hay otra manera de desmontar la medianía y al mismo tiempo exaltar sin tapujos la excelencia. No creo en la crítica laudatoria, edulcorada. Creo en el láudano, en el fiero látigo. Por otro lado, las antologías aparecidas en Colombia no han combinado selección literaria con crítica sino que han sido recopilaciones y selecciones algunas de las cuales próximas al

amiguismo que pierde la objetividad. Las antologías de Isaías Peña Gutiérrez, Rogelio Echavarría y Andrés Holguín entre otros apilonamientos, son selecciones con algo de síntesis temática de cada autor pero no ejercicio de crítica con el rigor que implica. Nuestros antólogos han sido excluyentes, arbitrarios, con pecado. Salvan y condenan. Magnifican y minimizan sin un porqué. Su trabajo ha sido extrapoético y extranarrativo. Algunos tienen marcado sello de clase. Si los directores de revistas de literatura colombianas no publican crítica literaria es porque no hay, de vez en cuando alguien entrega un texto mediano más afectuoso que responsable, digno entonces del cesto. Sobresalen comentarios de libros pero no el ensayo lúcido, transparente, inteligente y de rigor que significa tal expresión de la literatura. En 1855 Matthew Arnold publicó su ensayo “la función de la crítica en la presente época”. Hoy adquiere toda su significación. Nuestra crítica literaria está represada, estancada. La existente ha sido proclive al arribismo y el poder hegemónico. Urgimos un nuevo pensamiento crítico sobre lo literario. Lo que hay es una feria de vanidades, de mutuos elogios, de tonterías que describen argumentos. La crítica literaria y de arte son una realidad. Afirmar que la crítica de arte no existe y que se trata es de evaluar, analizar y diagnosticar de manera técnica, esconde un eufemismo para quedar bien con dios y el diablo, algo en lo cual hay varios expertos colombianos. No critican, no enjuician en forma despiadada, sino que hacen generalizaciones, evaluaciones, diagnósticos académicos, disquisiciones abstractas donde no pelean con nadie. Evitan las polémicas

sobre arte. Temen la discusión pública. Le roban a los editores las páginas de las revistas para ensalzar, marrullar, y en fin, para ejercer una especie de poetología donde resulta literaturizada la mediocridad. Hemingway odió como nadie a los críticos literarios afirmando que nada le habían enseñado. Sin embargo, si alguien posó de crítico fue él. Nadie mejor que Hemingway enseñó los secretos de la escritura y de la condición de escritor. Releer mil veces antes de publicar, que la gente no moleste, estar solo, escribir en cualquier parte y bajo cualquier circunstancia preferiblemente enamorado, son consejos que salen de su piel. ¿Se pregunta el escritor colombiano cuál es el sentido de su ocupación? ¿Escribir por escribir? ¿Cuál es su condición y reflexión? ¿Hispanistas franceses o alemanes? ¿Escritores doctus? ¿traductores que descollan en un país tercermundista donde la cultura y el arte están excluidos por la violencia? Tenemos un mal método de crítica literaria. El crítico analiza pero con rigor y sin amiguismo, repiensa, redescubre una y mil veces el contenido sutil del objeto de arte. Actúa sobre la obra y no sobre la persona. ¿Qué puede importarle a la crítica que determinado poeta cantó en su juventud milongas en sitios de mala muerte para sobrevivir?. Trata de comprender el milagro, de encontrarlo, pero en el contenido. Es la lámpara de Aladino cortando dedos. El artista por su parte, sea novelista, escultor, pintor o músico, trabaja una y mil veces el objeto por el objeto. Lo demás degeneraría en una simple ideología. El se mete al infinito con su juguete modificándolo incesantemente con la certeza de nunca acabar. Su viaje no tiene fin, mucho menos retorno. El

objeto es su problema, un problema que se multiplica sin descanso y por instantes lacera, lastima, hasta que el artista exhausto grita : ¡basta! . Siempre que un artista termina una obra lo único que tiene por cierto es que no la acabó y así tendrá que morirse, sin terminar nada, porque el arte es un infinito, un vértigo hasta después del fin del mundo. De ahí que el crítico de arte no necesariamente deba mostrar una reconocida estética, un trono creativo, para tener el derecho a ejercerla, como exigen algunos camaleones poco fértiles para el debate de las ideas del arte. Sus métodos y objetos, de críticos y artistas, son diferentes. ¿Alguien negaría que Marta Traba fue una crítica de arte reconocida en América Latina? Por supuesto que nadie. Así que quienes descalifican al crítico porque condena, reconoce y en algunos casos lincha, sin tener un pedestal entre los grandes creadores de literatura y arte, mienten. Se preguntan atónitos desde qué trono o pedestal se atreven los llamados críticos a enjuiciar novelas, cuentos y poesías. Para ellos la crítica es una imposibilidad. Dicen además que la crítica nadie la lee, que se trata de resentidos. Esa es su pólvora, la que estallan para mantener el unanimismo. Marta Traba no fue pintora ni escultora, lo único que hizo fue escribir literatura y crítica de arte. Es posible que escondan un miedo y esa argumentación pueril sea su defensa. Confunden la crítica de arte con el unanimismo y la zalema. La entienden como actividad de trepadores, de gigolos. Reclaman caridad cristiana. Le huyen horrorizados a la polémica, a la controversia que siempre fertiliza las almas grandes. La mediocridad se enoja, la superioridad de alma reflexiona. Ahora bien, la crítica de arte

guste o no guste, es un género literario concreto y tal vez, muy exigente : El Ensayo.

Pero por supuesto que no somos perfectos. Si lo fuéramos no cagaríamos mierda. Es fea y fétida. La perfección estética sería cagar gusanitos de seda que se transforman en telares para abrigar, para dar calor, para dar ternura. La mierda humana es repugnante y sobre todo cuando nos mira desde el rincón de un andén. ¡Qué asco!

En un país de tanto unanimismo es necesario al menos un catón. El artista colombiano está muy parecido a las reinas de belleza. El ejercicio de la literatura es todo lo contrario : autonomía, responsabilidad, sencillez y compromiso social. Necesitamos mayores exigencias. Hay mucho facilismo, una reducción de la literatura a la versificación libre y el minicuento, sencillamente preocupante. Detrás del encuentro de los hermanos en la palabra se está escondiendo una falsa ternura, mejor dicho, una pésima literatura. Hay una excelente literatura en las regiones pero también demasiado mal olor, donde escribir por escribir y publicar por publicar se están convirtiendo en una justificación sin alcance estético. El lenguaje español, por ejemplo, está relegado. Se nos olvidó que el idioma es la primera herramienta de la literatura. Pero conocer la lengua española, lo más bello que nos regaló España, exige dedicación, estudio. Pretenden algunos usar la musa sin tener ángel, escribir sin tener la herramienta fundamental. Es como pintar sin conocer un óleo o cómo sacar un amarillo mostaza. Una verdadera imbecilidad. La palabra

por la palabra no sirve. La improvisación es peligrosa. El compromiso de los nuevos escritores es descomunal con la llamada tradición literaria, sobre todo en un momento de transición como el que vivimos. En las artes plásticas Fernando Botero, Omar Rayo, David Manzur y Edgar Negret, superan los setenta años, algunos de ellos agobiados por enfermedades, lo cual no es un secreto. En el año 2005 murieron Eduardo Ramírez Villamizar y Enrique Grau. En la literatura Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez, están en los ochenta años. El Nobel lucha contra un cáncer hace varios años. De tal manera que es mucho el compromiso de las nuevas generaciones.

A los artistas colombianos les da miedo ser pecadores, tener una existencia subversiva. Prefieren manejar las cosas. Es lo conveniente. “Como no fue genial no tenía enemigos”, acostumbraba decir Oscar Wilde. Necesitamos vasos comunicantes. Vender libros no puede ser un argumento para escribir literatura. Hay mucha producción literaria para la venta. Es la única finalidad de sus autores. Se están vendiendo al éxito sin ninguna contraprestación estética. Esperan una inmortalidad programada. Ignoran que al morir, si acaso, serán obituariados por algún periódico. Dejarán de existir de un plumazo. Con su muerte morirá su obra. Todo lo suyo fue vana ilusión, egoísmo reconcentrado, estafa contra el género humano. ¡Qué miedo ser un escritor de moda! Si los muertos supieran lo que pensamos de ellos con toda seguridad no cometerían en vida tanta torpeza. Una cosa es la vida y otra la muerte. Esos mundos no se tocan. Son tan diferentes que no se aceptan. El ser y el no ser son los extremos de una

contradicción que problematiza cualquier dialéctica. La vida rechaza la muerte y viceversa. Amo la honestidad de Oscar Wilde. Hay que abogar por un movimiento cultural y artístico incluyente, que contribuya con eficacia en la construcción de tejido social. Hay que reinventarse. No es el momento para que unas señoras en su mayoría ignorantes, con bozo y lunares en la cara, sigan orientando la cultura, las galerías y los museos. Esas damas de gesticulación falsa y odiadas por tanto artista, deben dedicarse a galopar. Me ponen nervioso. Su accionar ha sido más una complacencia burguesa que conocimiento y compromiso con el desarrollo del arte. Lo más fatal es que algunas aterrizan en el Ministerio de Cultura donde siguen

**SOBRE** croando. Dirigir un salón de arte  
**ÁLVARO MUTIS** es un delirio para más de una  
relacionista pública, manoseadora del artista y la cultura. Por supuesto que les representa todo un estatus. Colombia requiere un nuevo liderazgo. Actores de la vida nacional que convoquen, que abracen, que motiven, que incluyan. Ese es el tamaño del reto. En esta lucha de especies de hoy, en este darwinismo exacerbado, es difícil lograr la sobrevivencia de la crítica. El mejor antídoto contra el fracaso es no decir nada. Ahora bien. Otro problema delicado, es que los directores de revistas de literatura colombianas, no publican sino a escritores extranjeros. El setenta u ochenta por ciento del contenido de cada edición está dedicado a autores foráneos en un franco desprecio y subvaloración de lo nuestro. Como que si no publican autores extranjeros, algunos muy rebuscados, no son

directores de excelencias literarias. Es el absurdo de los absurdos. Lo peor de todo es que cuando esos directores escriben en alguna revista extranjera despotrican de Colombia y sus creadores. Sólo existen ellos. Ese desarraigo hace mucho daño, esa claudicación. No cuentan en sus publicaciones, entre sus activos colombianos, sino a dos o tres autores de reconocida figuración, los cuales se repiten, como la reproducción misma del amiguismo y la exclusión, sobre todo de creadores jóvenes de la provincia. Eso es lamentable porque no tenemos muchas revistas de arte y literatura.

Debo señalar que no resisto la persona de Álvaro Mutis ni su narrativa. Oírlo me perturba el buen sentido. Su novelística me parece impotable como la de Sade, verdaderos galimatías donde la búsqueda se torna torturante. Es mejor leer a los que escriben sobre el erótico Marqués que a Sade mismo. Pasa igual con Mutis. De él disfruto su poesía. Mutis es un poeta. Pero de cualquier manera, me parecen inmerecidos sus premios. Nadie me zafa de la cabeza la certeza de los favores pagados. El hizo mucho por la pobreza de otros tiempos de García Márquez, por ejemplo. Hasta las cuentas de los servicios públicos eran pagadas con giros que recibía Doña Mercedes en México mientras Márquez trataba de despachar sus CIEN AÑOS DE SOLEDAD para Argentina. Esas historias no tienen secreto. Mutis pagó hasta cárcel por despilfarrar la plata de su empleador en Bogotá en amigos escritores. De eso desde luego

se benefició también Márquez. Así que el reciente premio Miguel de Cervantes, entregado en España, fue un pago. Ya señalé que la literatura colombiana está permeada por el clientelismo y ciertos rasgos no muy éticos. Si no me creen qué más clientelismo que el que impuso María Mercedes Carranza en la Casa Silva durante los años de su dirección, es decir, desde su fundación ( de la Casa Silva ) y, su muerte. Ahora bien. La náusea que sentí al leer el discurso de Mutis al recibir el Miguel de Cervantes fue delirante. Dos rasgos se destacan: la mediocridad de ese discurso donde por el escenario hubiera hecho tanto bien a Colombia y, su desvergüenza para hincar la rodilla ante la monarquía española.

Después de la conquista y la colonia en nuestro pedazo de tierra me produce aversión ser monárquico de principios y por supuesto, hacerle a las elogias y prosternaciones de extrema derecha. Un país con el dolor del nuestro no necesita escritores amantes de Felipe II. Todo ese discurso sabe a hediondez. Dijo Mutis en esa intervención : " Hoy, España, de mano de Su Majestad el Rey, Nuestro Señor". ¡Me cago! ¡Qué delirio! ¡Qué traición! Fernando Vallejo para quien la gloria no es más que una "estatua donde se cagan las palomas" y que envejeció insultando a la madre incapaz de asumirse como homosexual sin traumas, sí tiene una cualidad que es menester reconocerle : Tratar de sabandija lo sabandija. Mutis, un novelista y poeta engreído y con prestigio, lastimosamente ofende el sentimiento latinoamericano . España es hoy una hermosa nación que ama como nadie su sistema monárquico. Entre ellos funciona. Pero el mal que hizo la corona en tiempos de la conquista y la colonia

en América Latina, nos obligó a emanciparnos y crear nuevos sistemas de gobierno que hacen imposible a estas alturas de nuestro proceso histórico hincar la rodilla ante reyes y tiranos. Nuestra lucha es por la verdadera democracia, por la que incluye, por la que iguala, no por aquella donde sólo tienen utilidades los banqueros mientras veintitrés millones aguantan hambre como ocurre en la tierra de Antonio Nariño. Un colombiano nacido en una finca del Tolima que aboga por la monarquía de Felipe II aparentemente está loco. Nuestro dolor nunca le importó a Mutis. Más le ha servido Fernando Vallejo a Colombia a pesar de toda su delincuencia sensiblera y su lenguaje de cañería. Un país que hace escribir a Barba Jacob que " la tierra mexicana le dio su rebeldía, su libertad y sus ímpetus....." invita a la reflexión. El servilismo de Mutis es traición hierética. Mutis es un senescal contrito, axial y azafétido, autofágico.

54

No tengo nada contra Magroll el Gaviero. Todo lo contrario, es el símbolo eterno del hombre con sus fastos y miserias, sus esperanzas finalmente derrotadas por la muerte. Magroll es la literatura universal, es don Quijote, Sancho Panza, el Tiempo

Perdido. Pero la dicotomía entre mutis y su obra, entre los poemas de café y mujeres y arrierías y fincas del

## A PROPÓSITO DE "DELIRIO" DE LAURA RESTREPO

T o l i m a y s u reaccionarismo monárquico, me perturban. No comprendo cómo puede nacerse en una finca de la cordillera central

colombiana y ser siervo de Felipe II. No me es inteligible esa postura, la veo más como el ejercicio supremo de la estupidez y el desprecio desgarrado y profundo por América Latina. Magroll nos recuerda que siempre seremos derrotados. ¡Estamos de acuerdo!. Pero no comprendo y me lastiman sus aseveraciones, las de Mutis por supuesto. Para Mutis la modernidad produce males como " la igualdad, la libertad, la fraternidad, la libertad de cultos, la igualdad de las personas ante la ley, la clase obrera, la abolición de la esclavitud, la libertad de las colonias y tantas otras ñoñeces de nuestra época ". Lo suyo es una impostura. Mutis odia el desarrollo, Mutis añora la época de la colonia. Decir por ejemplo que la vida de un autor nada tiene que ver con su obra, es una ñoñería. Esa sí ñoñería. Olvida que parte de su poesía se origina en las fincas del Tolima, en el café, en sus aguas, inviernos y lluvias. Lo mismo la primera parte de la travesía de Magroll. Por que en la segunda, lo lleva a no creer en el pasado y a mirar el futuro como lo incierto. Esa visión desesperanzada, ahistórica, apolítica, atónica de Magroll, sin lugar a dudas es deprimente para un continente necesitado de ilusión. Magroll en la segunda etapa no opina sobre la vida y la realidad sino que las trasciende desde el escape y la renuncia, es decir, desde el reaccionarismo más despreciable.

"Delirio" de Laura Restrepo, es una novela con un nombre exacto. Es un delirio. Una lástima para ella. Es una novela que

55

tiene creatividad y literatura en las primeras cien páginas. De ahí en adelante el delirio es total. No resiste su lectura sino el investigador que debe hacerlo por razones de estudio. No es un libro para lectores de literatura, para buscadores de placer en las palabras y los hechos humanos. No entendí además por qué Saramago como Presidente del Jurado no se declaró impedido a pesar de los altos elogios literarios que de su obra hace la protagonista en primera persona, Laura Restrepo o Agustina. Un delirio más de la literatura colombiana.

El argumento central es de una pobreza selenita, desértico. La narración es tan lineal que se pierde al lector en el cansancio mental. El estilo, la puntuación, las minúsculas y las mayúsculas, son una imitación de Saramago. Es ante todo, una autobiografía de traumas infantiles, de desdichas, de malas historias. Su autora no se encubre en lo mínimo, su relato es adolescente. No es una novela de ideas, realista o romántica, criminal o rezandera, mucho menos de filosofismos o sobre la cruda y nunca terminada violencia colombiana. Es un anecdotario personal de excesiva ingenuidad. Agustina es una diosa que manipula marionetas para vaciar sus frustraciones y malas relaciones familiares. El desenlace de la historia es atronador. Lo único que balbucea con cierta modernidad es la presencia del narcotráfico y la corrupción en la clase política colombiana. No comprendo ni el fallo que la dio como ganadora del Premio Alfaguara entre más de 600 participantes ni el porqué de una novela de Laura Restrepo tan anacrónica y sin ningún poder de permanencia a estas alturas de su carrera como escritora. Ese libro no es más que un desahogo de

## LITERATURA COLOMBIANA DESPUÉS DE “CIEN AÑOS DE SOLEDAD”

conflictos personales excelente para un principiante, desconocedor de la ingenuidad. Descubrirse de esa manera, sin ningún blindaje, es una estolidez. Una escritora de más de cincuenta años no puede darse ese lujo. Su libro DELIRIO es decadente y fruto de un fallo que deja mucho qué pensar. La decisión a todas luces es dudosa. Ojalá no se haya tratado de un intercambio ideológico entre Saramago y Laura Restrepo. Finalmente su política y militancia son compartidos. No creamos que Saramago es una divinidad. Un defensor a ultranza de las purgas estalinistas no puede ser un ángel de cercanías celestiales. Es un escritor de excelencias narrativas pero estalinista sin dobleces. Tiene el mismo perfume de Neruda. El chileno alcanzó los niveles más exaltados de la lírica y la originalidad. Distanciado de Juan Ramón Jiménez y muy cercano a García Lorca y Miguel Hernández, hizo de su poesía “impura” una Residencia en la Tierra portentosa, colosal en la literatura en lengua española. Neruda entendió que la poesía no es pura como la exigía Juan Ramón ni impura. Es sólo, únicamente, poesía. La define un mandato del alma. Bien lo dijo: “El poeta no debe ejercitarse. Hay un mandato para él y es penetrar la vida y hacerla profética. El poeta debe ser una superstición, un ser místico”. Para inmenso dolor, aprobó con todo la limpieza estalinista. Profundas contradicciones de algunos de nuestros grandes escritores. “Delirio”, su primer puesto en Alfaguara, me deja

muchas dudas. Una escritora del talento de Laura Restrepo abre un boquete con “Delirio” donde sólo es posible la interrogación.

#### Aclaración:

Este ensayo fue publicado en la edición número 55 de la Revista MEFISTO de Literatura y el titulado GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ O LA MEMORIA DE UN TRISTE PLAGIO en la edición número 57. Esa secuencia es fundamental para comprender el porqué de las afirmaciones de ambos ensayos.

58

Y “trapoloco” se hizo Premio Nobel de Literatura. Quien iba a pensar que ese flacuchento de bigote negro y guayaberas incandescentes, que mantenía sin un centavo, produciría semejante conjuro. A partir de la novela CIEN AÑOS DE SOLEDAD, aparecida en el año 1967, la literatura colombiana exige nuevos miramientos. Márquez es un genio, no hay duda. Al margen de cualquier comentario por su defensa de la dictadura cubana, su novela creó la generación garciamarquiana. Ya la RAYUELA de Julio Cortázar había establecido las reglas de juego, la manera de contar historias o no decir nada, sin dejar de hacer literatura. Así pues, que no pocos escritores colombianos, se tiraron a las frescas aguas, a la

poderosa entropía que establecía la nueva forma de novelar, de narrar la realidad latinoamericana. Su aparición sirvió también, para opacar la importante obra de Manuel Mejía Vallejo y Germán Espinosa, y para alborotar resentimientos como el de Gustavo Álvarez Gardeazábal, que siempre quiso estar en el llamado Boom Latinoamericano de manera oficial, con Vargas Llosa y Carlos Fuentes. Si bien es cierto que la violencia en cualquiera de sus formas ha sido columna vertebral de los géneros colombianos, también lo es que CIEN AÑOS DE SOLEDAD presentó una novedosa metodología para contarla. La imaginación exacerbada, la hipérbole y la fantasía, se metieron a narrar la masacre de las bananeras, que a decir verdad, no pasó de más de cincuenta muertos. San Juan de la Cruz, santo patrono de los poetas del mundo, iluminó a Márquez para que no escribiera novela realista sino novela de casas en el aire y mariposas amarillas. Tiene mucha razón Gabo cuando afirma que su novela cumbre no es más que un largo vallenato. Los tacos de dinamita metidos por el culo para suicidarse, causaron estremecimiento en unos lectores arrullados por el costumbrismo y el gélido parnasianismo. Conviene recordar que la violencia ha sido la fuente de inspiración de todas las grandes literaturas. Con Márquez y CIEN AÑOS DE SOLEDAD, terminan en Colombia los ismos y demás sanedrines, algunos plásticos y prosternados al poder. Centenaristas, cuadernícolos, nuevos, generación de mito como dicen algunos, generación desencantada, generación del estado de sitio, piedracielistas, literatos de alcantarilla y dadaístas, quedaron defenestrados por el nuevo

59

lenguaje. Valga decir que con las excepciones de Eduardo Escobar, Jaime Jaramillo y Gonzalo Arango, el nadaísmo fue eso, nada, sólo narcisismo y arrogancia pseudointelectual, cuyo primer desertor fue su propio fundador, El Profeta. No olvidemos que Gonzalo escapó de esa turba descrestadora y malabarista. Lástima que Angelita, su compañera, lo haya articulado con el fanatismo cristiano, destruyéndole toda capacidad poética. ADANGELUS, su libro póstumo publicado por Angelita, nos da la razón. Pero bueno, Márquez demostró que Macondo era tan universal como París o la Catedral de Notre Dame. Aracataca, esa polvareda perdida en el Magdalena, de casas envejecidas y melancólicas, clarificó el viejo debate entre universalidad y provincialismo. Lo folclórico, lo rural y popular de nuestra literatura, puede ser universal. Tomás Carrasquilla fue nuestro primer síntoma como lo demostró el profesor canadiense Kurt Levy, tiempo atrás. Lo rural y costumbrista llevado a rango universal. Hay una grave confusión entre lo provinciano, pacato y limitado, y su utilización como objeto de creación, con lenguaje universal. El secreto está en el lenguaje, no en el objeto. Todo objeto, toda realidad, aun la más vulgar, puede tener tratamiento literario o artístico de alcance universal. Ningún sustantivo es inexistente para un creador. Todo cuanto ven los ojos o adivina el alma, es objeto de creación artística. La falta de lenguaje adecuado ha frustrado excelentes historias y engrosado los anaqueles de mediocridad. La característica fundamental de la poesía provinciana es el sentimentalismo adherido a lágrimas y presentimientos fatales. Pero, ¿No son acaso las lágrimas, la

desdicha, los desgarramientos, el suicidio, el pesimismo, los condimentos primarios de la mayoría de las literaturas? ¿Qué sería de la literatura sin el movimiento romántico? Sin ninguna discusión, el problema del creador de literatura, no está en sus objetos de trabajo, sino en su lenguaje. El lenguaje determina lo provinciano y lo universal. Tiene tanta importancia para la literatura el barrio San Judas de Pereira, o Las Brisas o el Barrio El Dorado o Pinares, o Chapinero o El Poblado, como el Lago Uribe o los destruidos palacios de Bagdad. En ese sentido, Aracataca o Macondo, nos universalizó nuestro abandono, nuestra falta de democracia, nuestra explotación y terrible soledad. Guillermo Valencia, León de Greif, Eduardo Cote Lamus, Jorge Gaitán Durán y todos los modernistas y piedracielistas, se nutrieron de Europa, allí bebieron su itinerario poético. Márquez, en cambio, a pesar de su inicial influencia modernista, crea su lenguaje y bebe de todo lo nuestro. Dictaduras, pacatería, violencia partidista liberal y conservadora, explotación multinacional, masacres y desmemoria, se agudizan como objeto de creación con alcance universal. Gabo dio una gran lección al parnasianismo colombiano, delirante y desarraigado. Queda claro que hasta avanzados los años ochenta del siglo pasado, Márquez y su novela influyeron poderosamente la narrativa nacional. Puede hablarse de una cooptación literaria garciamarquiana. Empezó entonces un nuevo esfuerzo, la necesidad de otra entropía que permitiera una novelística alejada de los cánones garciamarquianos. Entrados los ochenta se inició otra literatura renovadora. El reto era escribir sin influencias del

realismo mágico. Se volvió costumbre afirmar que los escritores colombianos imitaban a García Márquez y era entonces urgente, abandonar esa influencia tan marcada durante casi veinte años. El asesinato del Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla en el gobierno de Belisario Betancur Cuartas, fue el detonante. Irrumpió en Colombia, sostenido siempre por la violencia, un realismo narrativo truculento y en algunos casos amarillista y panfletario. El narcotráfico con sus sicarios y pablos escobares, se convirtió en la nueva violencia, la más despiadada, la más cruel, y en consecuencia el nuevo objeto de creación literaria. Agréguese a esa oportunidad tan maravillosa en la literatura, aunque duela, la toma del Palacio de Justicia por el M19 y la retoma sangrienta de los militares colombianos asesorados por la CIA. Temas como la extradición de nacionales solicitados por Estados Unidos, los derechos humanos, el derecho internacional humanitario y las organizaciones criminales como el MAS, Muerte a Secuestradores, creado por los hermanos Ochoa y Escobar Gaviria, enriquecieron la curiosidad de los escritores y nos prepararon para el advenimiento de una de las más vigorosas literaturas urbanas y sociales de América Latina. ¿Para qué sirve un escritor sino para destruir la literatura? Se pregunta Oliveira en la RAYUELA de Cortázar. Indudable que Colombia tiene una literatura del narcotráfico. LA VIRGEN DE LOS SICARIOS y ROSARIO TIJERAS hacen parte de ese vademécum bibliográfico. Ya lo dijo Gustavo Flaubert : “ El arte, como el Dios de los judíos, se alimenta de holocaustos” . Tenemos la suerte de un país recipiente de todas las angustias

continentales. Las sociedades desproblematizadas han sido estériles para la creación. ¡Es una paradoja! . Se ha escrito más poesía sobre el dolor y la muerte que sobre la felicidad y los sueños del hombre. La tragedia en cualquier nivel, es la mejor fuente literaria. Que lo digan Sófocles, Esquilo y Eurípides. Para ratificar lo anterior, nuestro modernista José Asunción Silva, escribía sobre reclutas muertos en el siglo XIX : “Los pantalones de manta manchados de barro fresco, y la sangre ya viscosa pegándole los cabellos” . Somos un país escindido, inorgánico. Muy lejos seguimos de un ethos de la transparencia y la honradez, como lo dijera el ilustre profesor Rafael Gutiérrez Girardot. De tal manera que una febril actividad narrativa alrededor del narcotráfico y el sicariato principalmente, amplía la bibliografía nacional. Qué más podía escribirse en un país donde se volvió costumbre la explotación de un carro a la entrada de un edificio de comercio y el asesinato de sus candidatos presidenciales, Jaime Pardo Leal, Carlos Pizarro Leongomez, Bernardo Jaramillo Ossa y Luis Carlos Galán Sarmiento. Donde se secuestra a sus procuradores y se los asesina como a Carlos Mauro Hoyos. Donde periodistas como Diana Turbay, hija de un expresidente colombiano, sienten el calor abrazador de la ametralladora. Donde se sigue viviendo como una tragedia de los siglos, su himno nacional, sus átomos volando. El himno de Colombia es un recordatorio de nuestras violencias. Qué tal el paradigma de LA VORÁGINE : “Jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia” . En Colombia, la masacre de hoy, no es más que el anuncio de la masacre de mañana. Tenemos una literatura

profunda, rica en autores, pero, sobre todo, transgresora de la realidad inmediata. “Ninguna gran idea merece un cadáver”, nos dice Héctor Rojas Herazo. Sin embargo, la muerte no cesa. ¿Para qué poesía en tiempos sombríos? Se pregunta Holderlin. ¿Cómo escribir para señoras camanduleras y pacatas y caballeros de perrito en los parques en un país donde la fealdad de su violencia se asoma por todas las ventanas? La guerra está tocando las puertas de las casas. Nos creemos inmunes porque todavía podemos ir a la tienda de la esquina a comprar pan y los muertos no los vemos sino en periódicos. De tal manera que nuestra espiral de sangre y vergüenza mundial se agudizan y en los avanzados años noventa del siglo XX, se presenta con toda su magnificencia, la guerra. Militares, guerrilleros, paramilitares y delincuencia organizada, generan desplazamiento campesino, destrucción total de vidas y pueblos, exilio y desarraigo. Crece como la audiencia de Zalamea, la contestación narrativa y poética, la literatura urbana con toda su podredumbre : crímenes, prostitutas, basureros, contaminación ambiental, bulla de ambulancias, mierda en los andenes, bares y coperas, erotismo exacerbado y vehículos raudos y fantasmas. Se enriqueció el texto. La novela y la poesía encontraron nuevos respiraderos. No subestimo nuestra literatura. Si bien por nuestra juventud como nación, dudo que exista una literatura nacional, sí digo con vehemencia que existen grandes escritores, narradores y poetas de primer orden y una vasta titulación de libros. La lista de escritores colombianos es amplia, los nombres son muchos y de mencionarlos terminaría con toda certeza en un extenso

directorio. El censo sería interminable. Lástima que nos leamos tan poco. De eso me quejo. Ahí estamos cometiendo un error de consecuencias graves. En la tierra del Padre Cañarte, en Pereira, sí que nos ignoramos. Con tan buenos escritores sería maravilloso que nos convirtiéramos en buenos lectores y dejáramos el egoísmo en el pasado y sobre todo, la pereza literaria y académica. Seguimos siendo expertos en letras, pero de cambio. Continuemos...

La generación del boom causó una revuelta literaria y a partir de Gabriel García Márquez, Colombia ha construido otra entropía, otro lenguaje, otro desplazamiento de lo viejo. Sin humores gástricos, el bípedo implume nacional, ha creado literatura de largo aliento. A pesar de todas las desgracias, somos un país de alta cultura y abundante narrativa, donde opera un sincretismo cosmogónico. No tenemos una literatura subalterna. Alfonso Reyes afirma que América Latina constituye el último reducto de la utopía, entendida como el espacio donde lo mejor de lo humano está por realizarse y donde todos los aportes de la civilización occidental serán enriquecidos. Pues bien. Colombia necesita redimirse y es el lugar óptimo para construir un mundo mejor. Por suerte, la intelectualidad colombiana, nuestros creadores, no están asfixiados ni han sido absorbidos por la prestigiosa esclerosis. Nuestra capacidad de alumbramiento literario es descomunal, hiperbólica. Tenemos profundidad y erudición, dos categorías de la inteligencia que no se dan juntas con facilidad. A pesar de

que la mentira es el alimento matutino, nuestra literatura se expande, crece como los tentáculos de la medusa y el pulpo, es la eclosión almática y espiritual de una nación que nunca se rendirá. CIEN AÑOS DE SOLEDAD, ese largo vallenato, es apenas un esbozo de nuestra imaginación y capacidad de sobrevivencia en la adversidad.

Qué bueno que se fortaleciera entre nosotros la crítica literaria. En ese aspecto tenemos debilidades. Una crítica sin gigolos ni canibalismos, una crítica de construcción de sociedad literaria. “Profundo es el odio que en los corazones abyectos arde contra la belleza”, sentencia Ernest Junger. Dice por su parte Wittgenstein : “ Los límites del mundo son los límites del lenguaje”. Ciertamente que algunos de nuestros llamados críticos literarios, más parecen la radiografía de un buitre que no ve sino carroña. Su comportamiento tanático es el de unos burócratas comentando carátulas que no libros. La elogía y la aliteración son su hoja de ruta. El marketing editorial sí que los

deforma. No leen con profesionalismo sino que vibran al ritmo de la fama y los intereses de las grandes editoriales. En Colombia la mayoría de los escritores no tiene vasos comunicantes. Es urgente la presencia de una

## GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ O LA MEMORIA DE UN TRISTE PLAGIO

crítica literaria imparcial y sobre todo, investigadora. Para no ir

muy lejos, todas las antologías de escritores colombianos, han sido sesgadas, amiguistas, clientelistas, nada lejanas de la corrupción que históricamente nos enseñó la dirigencia política. Los autores de Risaralda y Quindío son totalmente desconocidos por esas antologías. Hay unas que verdaderamente deforman a un estudiante de literatura. Creo que la mayor seriedad podría encontrarse haciendo antologías regionales. Es una tarea que está pendiente. Cinco o seis antologías de regiones darían un inventario bastante aproximado de nuestra riqueza literaria. Insisto. Las antologías nacionales hechas hasta el momento han sido sesgadas. Creo en la existencia de una literatura excesivamente vigorosa en Colombia, pero, necesitamos más crítica. Esa literatura tendrá que abordar el conflicto con Venezuela, el Tratado de Áreas de Libre Comercio, la paz con las autodefensas y cada uno de los fenómenos que indican que la literatura rural y costumbrista ha muerto, quedando sólo el pathos del desplazamiento campesino, para convertirse en objeto de creación urbana. Ya estamos abordando el tema gay, un imposible hasta hace poco. Lo demuestra la novela de Alonso Sánchez, AL DIABLO CON LA MALDITA PRIMAVERA, ganadora del primer lugar en el concurso nacional de novela convocado por el Instituto de Cultura y Turismo de Bogotá. Lleva varias ediciones totalmente agotadas.

Un escritor nunca tiene cinco sentidos, mínimo tiene seis, pues su condición de creador, de demiurgo, de artista, surge del

sexto sentido de la brujería. “Trapoloco”, el humilde hijo del telegrafista, nieto de un coronel de la guerra de los mil días y que vivió para contarlo todo, se hizo nobel de literatura. Estoy seguro de que habrá más sorpresas en el constructo literario colombiano. Si en lo social, económico, jurídico y político, no hacemos un oasis, en literatura sí. Ello en parte, gracias a la herencia de “trapoloco”, el caribeño flacuchento, de bigote negro, que usaba guayaberas incandescentes.

MEMORIA DE MIS PUTAS TRISTES es un plagio desvergonzado de la hermosa novela LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES del japonés YASUNARI KAWABATA; no tengo ni una duda. Quede claro que quien escribe, no es un racista cachaco del siglo XIX, de aquellos que odiaron el currulao de las riberas del río Magdalena y vieron a mandinga o al mismo putas en la cara del poeta Candelario Obeso por ser un negro de la ciudad de Mompox. Debo reconocer que García Márquez está saliendo por la puerta trasera de la literatura con extremado cinismo y mucha desilusión para los lectores de CIEN AÑOS DE SOLEDAD. A la edad de Gabo hay que seguir arriesgándose en los laberintos de la palabra. Un escritor como Jorge Luis Borges conservó su responsabilidad escritural y académica hasta el último momento. La edad de un artista no puede ser argumento para claudicar. La palabra es un abismo de eternidades, un estremecimiento como la misma epopeya

humana. Nunca creeré en las literaturas acabadas y los autores agotados como afirman algunos. Escribir será siempre el mejor ejercicio, una ratificación de la identidad, una denuncia de la vida y de todas las cosas. El escritor tiene que ser una pasión, una búsqueda, un vértigo, un profundo desgarramiento. ¡Es un artista! . Su tinta debe ser la sangre. MEMORIA DE MIS PUTAS TRISTES tiene tinta para colorear cabellos. La literatura no puede legitimar el plagio. Se trata de una indecencia, una afrenta, una prostitución de la palabra. El artista se debe a sí mismo. Adhiere una actitud ética. Lo único real y válido es su trabajo solitario, constante y sacrificado. Legitimar ese plagio porque se trata de García Márquez es más que una aberración. Todo lo contrario, una persona de su nivelación literaria debe dar ejemplo a los nuevos escritores, narradores y estudiantes de literatura y periodismo. Si alguien conoce nuestras desventuras es él. La injusticia, la corrupción, el atropello, el abuso y todas las deformidades éticas del establecimiento colombiano, campean por toda su obra. No se comprende, pues, su impostura.

Si kawabata fuera colombiano, su familia tendría derecho, al amparo de la Ley Sobre Propiedad Intelectual y Derechos de Autor, a denunciar a Márquez por el ilícito de plagio. En consecuencia, debemos descalificar el bodrio que acaba de perpetrarse y arremeter contra el sórdido vodevil del plagio.

Entre nosotros, hay cierta tendencia a la comisión de ese delito.

En los concursos literarios sí que es una trampa para los jurados. Cuentos, poesías y novelas, abundan en el despreciable mundillo del plagio. Existencias oscuras y tenebrosas tratan de huir de su mediocridad copiando obras de escritores de vocación. Reproducen en lo sustancial creaciones ajenas dándolas como propias. Para desazón, Gabo, es plagiarlo de un autor japonés. Escandaloso que un Premio Nobel le robe textos a otro Nobel. Parece increíble. Sería muy sano que alguna universidad colombiana con estudios avanzados en literatura, convocara al foro : ¿MEMORIA DE MIS PUTAS TRISTES, ES UN PLAGIO? Asistiría con inmensa alegría. Un evento literario y académico de esa naturaleza, le vendría muy bien a la literatura universal y a la ética del artista. Nada mal que de ese foro resultara un documento aclaratorio del esperpento, firmado ojalá por analistas literarios, profesores universitarios, escritores y expertos en literatura comparada. Ahora que las universidades están convertidas en simples mercancías gracias a la globalización económica, mucho bien les haría un foro como el propuesto. No es conveniente que pasemos por alto el estudio del plagio que acometió el primero de los escritores del mundo iberoamericano. Qué tal que Kawabata no se hubiera suicidado. El plagio es un crimen de lesa humanidad, así debe ser tipificado en el código intelectual y ético del artista. Un desastre sería, si las CARTAS A UN JOVEN POETA de Rilke, fueran lecciones de plagio y mediocridad. Hay mentes capaces hasta de plagiar una elemental columna editorial. El plagiarlo debe tener una condena social. Todo artista tiene obras excelentes, buenas, regulares y malas. Eso es válido, legítimo y

además, propio de todo ejercicio creativo. Plagiar en cambio, es inadmisibles, repudiable, despreciable en todas las formas. Es una conducta dolosa que hace de los lectores objeto de burla. García Márquez con MEMORIA DE MIS PUTAS TRISTES, estafa conciencias literarias. Muy bueno que se diera el dato de las utilidades de esa estafa por parte de la Editorial Norma. El libro es un hijo bastardo de Gabo. Es tal su despropósito, que empieza con un párrafo de LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES. Significa lo anterior, que desde un principio, Gabo supo lo que hacía. El dolo es manifiesto. Ahora bien; si al menos superara el lenguaje estético de Kawabata, la indignación sería menor, sin justificarlo por supuesto. Pero no, el libro de Márquez, de principio a fin, tiene dudosa factura. Es un constructo que no resiste análisis crítico literario. Hizo una mala copia como si fuera un muchacho apenas entrado a los estudios literarios. Produce lástima, escalofrío, que un Premio Nobel sea plagiarlo. Esa conducta daña al arte y la literatura. Además, porque no es aceptable que nuestro único laureado, se exponga y, desde luego, nos exponga, a pesar de que a su pueblo Aracataca, le falta el acueducto y el alcantarillado. A Márquez nunca le han importado sus paisanos. Allá faltan 600 millones para reunir 2000 que vale el acueducto. Sus gentes beben agua contaminada. Ese pueblo es una polvareda con la marca de la soledad y el olvido. Pero, bueno, el último libro de Gabo, el que refiero, me dejó frío, sobre todo, porque había dictado en días recientes una conferencia titulada Literatura Colombiana Después de CIEN AÑOS DE SOLEDAD, donde me desparramé en elogios para el autor. Leer sus

memorias putas fue un tormento intelectual, literario y ético. La pretendida novela es una decepción para quienes no digieren entero y sienten respeto por las letras de su país. Recomiendo de una vez por todas leer el libro de Kawabata y no el de Gabo. Se ahorra tiempo y dinero. El argumento de MEMORIA DE MIS PUTAS TRISTES es exactamente el mismo de LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES. No voy a entrar en un estudio exegético y hermenéutico de ambos libros, por carecer de sentido. Sin embargo, para que el lector tenga una comprensión aproximada de mis afirmaciones, me permito señalar lo siguiente : PRIMERO. Los protagonistas de las dos novelas son bien adultos. LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES tiene un personaje central de 67 años, tratado como anciano. MEMORIA DE MIS PUTAS TRISTES, tiene uno de 90. En esos textos se mira la senilidad como algo despreciable; la ancianidad encarna la fealdad. Ahí el porqué de las prostitutas dormidas con agua de valeriana o totalmente narcotizadas, en el caso de Kawabata. Ellas no deben mirar ni sentir la fealdad. Los ancianos, por supuesto, tampoco deben permitirla. Su goce debe ser silencioso y contemplativo. Así que en la trama central de ambas novelas, confluyen dos protagonistas, dos casas clandestinas y, dos prostitutas jóvenes, tersas, dormidas con agua de valeriana y narcóticos. Ese contexto es la esencia de la narración, el alma. Gabo no creó la historia. Se limitó a transcribirla de absurda manera. Podrá saber mucha literatura, pero deja descubrir el hilado de su plagio. SEGUNDO. Las dos novelas son cortas y, para colmo, Gabo le puso a la suya, la misma cantidad de cinco

capítulos, es decir, que copió hasta la estructura, encontrándose en cada uno de ellos, exceso de similitudes. Es como si a cada capítulo le hiciera los cambios barnizantes, los ajustes tramposos, hasta llegar al quinto y terminar la historia. TERCERO. Ninguno de los dos protagonistas muere. Al final, se reencuentran con la vida y con la sexualidad. Una especie de íntima felicidad los arrebató. CUARTO. Ambos relatos se desarrollan en ciudades costeras. QUINTO. En las dos casas se presenta la sombra de la muerte. En LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES muere el señor Fukura y, en el escrito de Gabo, muere una prostituta. Los cadáveres son desaparecidos por las proxenetas con mucho misterio. Evitar el escándalo y el cierre de las casas es prioritario. Esas muertes causan temor y extensas conversaciones entre los protagonistas.

Cinco indicios son suficientes para una indagatoria, para vincular a una investigación penal. Nuestra legislación puntualiza dos indicios graves de responsabilidad. De tal manera, que presento como pruebas, cinco circunstancias para demostrar el plagio. Ahora bien; en un contexto de fondo, plagiado, se subsumen los contextos psicológicos, históricos -regularmente- y, sociales, menos el contexto formal. Kawabata, el creador de la historia, usa un lenguaje artístico, estético, mientras que Gabo, balbucea un pésimo relato donde sus tradicionales giros como, “ me pica el culo ”, develan falta de exigencia y de imaginación. Quiero significar que Gabo plagió

todos los contextos y en el formal, donde podía lograr una superioridad estética que medianamente lo justificara, nos entrega un lenguaje plano y ramplón, muy distante del concepto de literatura.

Es un derrumbe el final de García Márquez, un detritus. En esos casos, es mejor no escribir, quedarse quieto, entrar en un mutismo literario. No hay por qué lanzarse contra un acantilado cuando se han escrito obras tan maravillosas y perdurables como EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL CÓLERA y, por supuesto, CIEN AÑOS DE SOLEDAD. ¡Mierda, coño, la embarré!, debe estarse repitiendo en cada nuevo amanecer. Hay escritores que abominan de su primer libro y hacen lo posible para silenciarlo, al estilo de Álvaro Mutis. Gabo tendrá que recoger su novela, su último relato; definitivamente es un naufrago. El libro de Kawabata es hermoso, estético, abundante en detalles de la más alta reflexión humana. El discurso sobre la ancianidad, sobre ser viejo, impotente y feo, es de grandes alcances literarios. Para los ojos cansados y présbitas de Eguchi, el protagonista, más que la tristeza o la soledad, “lo que le atenazaba era la desolación de la vejez”. La mujer de Kawabata tiene 20 años y, la de Gabo, apenas 14 y es virgen. Contemplarlas dormidas por la acción del agua de valeriana y los narcóticos, era una manera de conservarse vivos. Dormidas y desnudas al antojo de los ancianos que gozaban la piel y el aroma de sus cuerpos, que besaban y escudriñaban con ternura, procurando el éxtasis, de

los secretos más recónditos. En ambos libros la ancianidad es un espanto, un pésimo olor, y el embrujo de las jóvenes desnudas y dormidas, un bálsamo.

El libro de García Márquez es una equivocación y hace concluir que nuestro Premio Nobel está saliendo a sus casi ochenta años, por la puerta trasera de la literatura universal. Es una lástima para él, para sus lectores y, desde luego, para Colombia. MEMORIA DE MIS PUTAS TRISTES es un plagio que no amerita profundas disquisiciones pero sí la denuncia y la protesta internacional. El plagio debe proscribirse. Es un asunto ético. Me queda la sensación que a Gabo la vejez lo está llevando a soñar con LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES. No de otra manera interpreto la libido de un anciano de noventa años contemplando a una virgen de catorce, dormida con agua de valeriana. Una morbosidad tan desatada no puede producir sino un delirio, un plagio. GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ es un naufrago. Es una pena.

PIERRE MENARD, AUTOR DEL QUIJOTE, publicado por JORGE LUIS BORGES en la revista SUR, número 56 de 1939, ha sufrido todo tipo de tergiversaciones. Ese cuento, el segundo publicado por el escritor argentino, ha servido para que algunos defensores de literaturas parasitarias, hagan de las suyas. Consideran que la reescritura de algunos capítulos del Quijote que hace Pierre Menard, es una justificación del plagio,

del calco, de la falsificación. Nada más falso. La teoría de Stephan Mallarmé de que “el mundo existe para llegar a un libro”, desarrollada luego por Paul Valery con Monsieur Teste quien reescribe EL FAUSTO de Goethe, le hace pensar a varios que nada es nuevo y que el plagio no existe o que basta con superar lo estético de una obra para justificarse, apoyados en la idea de Nietzsche, según la cual, “la existencia del mundo sólo tiene una justificación estética”. Jamás Borges defendió el plagio con su cuento sobre Pierre Menard. Esa narración configura una metáfora y una recreación intelectual de nuevas orientaciones estéticas y filosóficas como bien lo señala el profesor de Literatura Hispanoamericana de la Universidad Estatal de Nuevo México, Jesús Barquet, en su ensayo MÉTRICA, RIMA Y RITMO EN BORGES. Decía el autor de EL ALEPH que “lo importante es no falsificar. Debemos

76

.....dejar que el espíritu santo, la musa o el subconsciente si uno prefiere la mitología moderna se abra camino a través de nosotros”. Fue Borges un enemigo declarado del plagio. No puede decirse tampoco que rendirle un homenaje a un autor signifique plagiarlo. Es cierto que García Márquez manifestó antes de publicar MEMORIA DE MIS PUTAS

**EL PAPEL DEL INTELLECTUAL EN AMÉRICA LATINA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN Y EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO**

TRISTES que “volvería a escribir La Casa de las Bellas

Durmientes” de Yasunari Kawabata, como tributo de admiración al autor japonés. Lo que no especificó era que iba a plagiarlo. Borges con su cuento Pierre Menard, Autor del Quijote, nunca falsifica a Cervantes. Hay una larga distancia entre recrear una historia y plagiarla. La primera es válida, la falsificación no.

Ahora bien. Qué tal que Picasso, Dalí y Miró, hubieran plagiado. Los tres pintores españoles tuvieron la idea de apropiarse de imágenes ajenas para transformarlas, corriente que llegó a su auge con los transvanguardistas italianos. Picasso con Las Meninas de Velázquez lo que hizo fue subvertir el ícono y el lenguaje, crear una obra original, unos nuevos hipertextos y significados. Nunca se pretendió el plagio ni la negación de autenticidad. “La Puerta Condenada” de Julio Cortázar y “ Un Viaje o El Mago Inmortal” de Adolfo Bioy Casares, no fueron plagios. Esos cuentos tuvieron todas las aclaraciones de sus autores, buenos amigos, además. Márquez no alcanza siquiera una nueva propuesta estética. Lo suyo no es un “envejecer repitiéndose” como lo definiera el desaparecido profesor RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT, sino un “envejecer plagiando”. Márquez no subvierte nada de LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES.

Es muy triste que el plagio sea una pandemia. CAMILO JOSÉ CELA fue un campeón con su pésima CATIRA fruto de una

77

visita a Venezuela. CELA escribió LA CRUZ DE SAN ANDRÉS, un plagio de la novela CARMEN, CARMINA, CARMÍÑA, de CARMEN FORMOSA. ¿Qué tal los plagios de PILLARDO RIPIA, SOEZ VALDÉS y de la española MATILDE ASENSI falsificando a PABLO CINGOLANI y ÁLVARO DÍEZ ASTETE? “El Origen Perdido” de Asensi se robó todos los documentos de la expedición Madidi. Antes que al Manco Cervantes lo plagiera Avellaneda le ocurrió al autor del GUZMÁN DE ALFARACHE y, algunos creen, que en Perú, el curaca FELIPE WOMAN POMA DE AYALA plagió a su hermanastro, el Padre Valera, la VERDADERA CORÓNICA Y BUEN GOBIERNO (sic) que el curaca le mandó a Felipe III. No interpretemos, pues, con sofismas metafilosóficos a Borges y aceptemos que GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ hace parte de la lista de grandes plagiarios. Así de sencillo.

78

“ CALLAR RESULTA CRIMINAL EN ÉPOCAS OSCURAS”

Bertold Brech

¿ Dónde están los intelectuales en América Latina? Nuestra América actual sigue víctima de la carencia de unas voces propias, personales, testigos verdaderos y válidos, que denuncien una vez y otra vez y otra vez, la condición de masa

muda, amorfa, acrítica e inconsciente, en que ha permanecido durante muchos siglos, sin que parezca posible que los llamados portavoces de la intelectualidad, quieran y sean capaces de rescatarla de ese estado. El continente sigue flagelado, anómico, aterido a complejos tercer mundistas. Nuestros países siguen con la rodilla hincada en la tierra, entregando pleitesías a los viejos amos. Nuestra apoplejía tiene el tamaño de nuestra tristeza. Continuamos engañados con espejos y sonajeros para impúberes. Los paraísos prometidos se han infartado por la deuda externa, la corrupción política y la violencia, sin posibilidades de redención. La expoliación e imposición del salvajismo tributario a favor de la banca mundial, nos está dejando sin agua, sin minerales, sin aire.....Por momentos, la poesía y la lírica popular, parecen una mueca trágica y fétida para los apátridas y guardianes del poder. El robo descarado de los recursos naturales de los indígenas, el hambre de los negros de Haití, la miseria de los mineros de Bolivia, las madres de la Plaza de Mayo de Argentina con sus 30.000 desaparecidos en la memoria, el atraso del Perú, la censura de prensa y la carrera armamentista de Venezuela, las favelas y el SIDA del Brasil, la contaminación de Chile y México, la violencia de Colombia y la ignorancia de los dirigentes de Panamá, no le importan a nadie. Menos interesan la inestabilidad política de Nicaragua, la pobreza de El Salvador y la ilegitimidad del gobierno de Ecuador que asesina indígenas. Mientras la Comunidad Económica Europea edifica una sóla Constitución, como expresión inequívoca de unidad, América Latina acrecienta su debilidad como si estuviera

79

pagando una condena. ¿Será cierto que hay una primavera en América Latina por la presencia de presuntos gobiernos de izquierda en Venezuela, Brasil, Bolivia, Chile y, posiblemente, en Honduras? ¿Será Alan García una nueva esperanza para Perú con su reelección? ¿O serán acaso sociedades más escindidas? ¿Se aceptará que la economía colombiana sea un anexo de la norteamericana con el TLC? ¿Habrá borrado la globalización cualquier esbozo de soberanía en América Latina? ¿Apoyará la inteligencia al indígena Evo Morales en Bolivia? Hasta el momento no hay muchos progresos desde nuestra declaratoria de independencia. La polarización, la desesperanza, el suicidio, el analfabetismo, la falta de oportunidades, el exilio interno y externo, la pobreza absoluta, el genocidio indígena y el terror impuesto a los campesinos, estructuran un eje ontológico en América Latina. Seguimos desplazados de todo, de lo mínimo. Nuestra mirada sigue absorta en los espejos de la ilusión. Estados Unidos sigue como un pavo real gobernado por un genocida enemigo de su pueblo, George W Bush, y nuestros gobiernos se arrodillan cada vez más. Mientras en sus países preconizan como filipichines, la defensa de la soberanía, firman acuerdos apátridas con el decadente imperio. El último acto de la tragedia de cinco largos siglos, es la firma del Tratado de Libre Comercio. América Latina necesita y merece un destino de grandeza y no de abyección. Nuestros intelectuales se han mantenido en cómodas dispensas burocráticas, esperando jubilaciones y canonjías del poder. No han querido asumir su papel, su condición, su ethos. Nunca se han articulado con los

conflictos sociales y económicos de las mayorías. Han jugado con las cartas de la traición. Pareciera que la indigencia en las calles no existiera, que el desplazamiento campesino fuera una fábula, que la emigración y exilio por hambre y falta de oportunidades a Europa fuera un filosofema; que la marginalidad y la podredumbre que alimentan la literatura urbana fueran una elucubración metafísica y epistemológica.

Sin etiquetamientos nihilistas ni existencialistas, sin ahondar en contenidos políticos y filosóficos de la antigua Grecia o la Europa de Voltaire, Lamartine, Henry Lévy y Émile Zola; sin recordar el caso Dreyfus, creo en el concepto de intelectual, creo en los intelectuales. La presencia de un humanismo entre nosotros, es real, pero ha sido opacada por la indiferencia y la irresponsabilidad histórica y social de nuestros intelectuales. Tenemos intelectuales como Gerardo Molina, José Martí y Juan Montalvo, entre otros defensores de nuestra identidad. Pero la apatía general es abrumadora, paralizante. Prima el interés particular y no el general. La mirada egoísta sobre la mirada social. Ese silencio cómplice es parte de la colonización que nos aflige. Prometeo sigue encadenado a su propia tragedia. La intelectualidad del continente tiene la obligación de integrarse a la historia, y de asumir su responsabilidad frente al mundo, como lo escribió Jean Paul Sartre: “ El intelectual no puede aislarse de la sociedad, ni la sociedad podrá explicarse sin él”. Debe ser un testimonio de su tiempo y, más que eso, debe ser una aportación al progreso de la democracia y la libertad. No es desde una posición de empleómano donde se generan los grandes debates sobre el humanismo y el compromiso del

intelectual. No es en la postración por décadas esperando una mesada jubilatoria, como se les rinde homenaje a los episodios determinantes de la historia. No se puede renunciar al poder contestatario, no se puede claudicar en el ejercicio de las ideas. El intelectual debe ser un constructor de sociedad, un ser independiente, un testigo excepcional. Nuestra intelectualidad sufre esclerosis, catalepsia, desmemoria crónica. Basta observar el papel de nuestras universidades. Sus profesores se limitaron, como intelectuales reaccionarios, a dictar clases fementidas, en espera de una jubilación y otros privilegios hijos del sindicalismo educativo. Su contribución social y política se quedó en los pasillos de las rectorías y las elecciones universitarias a cargos directivos. La presencia de “esa intelectualidad”, mucha de ella formada en el extranjero, con los recursos sabáticos del Estado, no supera las cafeterías claustrales. Esa actitud mediocre es parte esencial del derrumbe total de América Latina. No hay simposios y congresos que aglutinen pensamiento y generen controversias nacionales y continentales, no hay producción seriada de revistas, libros y periódicos que inciten la reflexión literaria y filosófica; no hay presencia de la inteligencia en los grandes medios de comunicación hablados y escritos, no hay concurrencia de pensadores europeos y norteamericanos en sus aulas. En síntesis, sólo medra la reproducción de un sistema acrítico, como profundización del malestar en la cultura. Nuestras universidades se convirtieron en multiplicadoras de tecnocracia, apuntaladas en lo económico y financiero por diplomados, algunos de los cuales enseñan la

importancia del aire en la respiración. Es la indigencia elevada a categoría educativa y cognoscitiva. La garrulería. La conciencia comprada.

Hablar, por ejemplo, de los periódicos y diarios nacionales es ahondar el abismo intelectual. Carecemos de magazines literarios y filosóficos. Ya no hay ejercicio del pensamiento. Las grandes crónicas, lo más cercano del periodismo a la buena literatura, desaparecieron. Las recetas de cocina reemplazaron a la intelligentsia; la etiqueta y el glamour, a los géneros literarios. Todo se convirtió en una simple reproducción de la estructura del establecimiento. Por su parte, las grandes cadenas de radio y televisión, se dedicaron al dopaje, al más infame intento de estupidización colectiva, a partir sobre todo, de comentaristas de circo y novelones. La intelectualidad continental no tiene radio ni televisión. Es otra de sus grandes carencias.

Un continente donde abundan las organizaciones cristianas dirigidas en su mayoría por estafadores y malabaristas, donde en cada provincia se impone la teoría crística de la resignación y el perdón, debe preocupar a los intelectuales. La multiplicación de hermenéuticas religiosas y sectas en América Latina, significa que caminamos hacia un mayor oscurantismo, hacia una mayor opresión. Tanto silencio no es ético. El resurgimiento de la Europa de las dos postguerras estuvo estrechamente ligado al trabajo de los intelectuales. La reforma, la ilustración y la revolución francesa, fueron también obra de la intelectualidad. La independencia americana, la de 1810, fue

otro logro de la intelligentsia. Hoy, esa intelligentsia, esa intelectualidad, es muda; y lo más preocupante, alguna de ella es parte activa, a través de revistas y medios de comunicación, de la opresión social y política de nuestros pueblos. El ejercicio del pensamiento, de las ideas, de la filosofía, de la literatura, no puede claudicar en un continente, menos en países como Colombia, donde la pretendida izquierda, la insurreccional, confundió la ideología del humanismo, del homo humanus, con el terrorismo y el acto criminal. Su carácter es absolutamente disolvente, fundamentado en la acción directa cuyo principal motor es la violencia, como en cualquier fascismo. Desde luego que “esa izquierda” tiene también sus intelectuales, fascistas por supuesto, de la misma manera que el fascismo alemán tuvo a Ernst Junger, destacado precursor, autor del ensayo EL TRABAJADOR, publicado en 1932.

- 84 El movimiento insurreccional colombiano está tratando de hacer una revolución sin doctrina, sin ideología, imponiendo la propaganda sobre la verdad, la mentira sobre la realidad, los negocios ilícitos sobre las reivindicaciones sociales, políticas, culturales y económicas. De manera que en esta nueva era de la globalización, en esta “ausencia de patria”, como dijo en otro momento histórico Martín Heidegger, los intelectuales tendrán que reivindicar la existencia del continente americano. En el miramiento de Heidegger hay grandes prejuicios culturales y políticos. Cualquier intelectual respetable hubiera apoyado de alguna forma al Hitler de 1930. Sin duda que el Tratado de Versalles pasada la primera gran guerra expolió a los alemanes en todas las formas. Hitler en ese momento histórico

supo canalizar esa bandera, el desconocimiento absoluto de ese tratado. Discrepo de quienes miran al gran filósofo alemán, a pesar de tanto Ciorán, como un mentor y exégeta del nazismo, como un filósofo antimoderno. Es igual si desconociéramos el monumental libro LA DECADENCIA DE OCCIDENTE de Oswald Spengler. Sin duda que tenemos graves prejuicios culturales. Tan frustrada estaba la Alemania de 1930 como el continente americano de nuestros días. Todo es posible en la historia y en la política. La teoría pendular de Polibio es bastante descriptiva. ¿Soy un intelectual? Desde luego que sí. Si el intelectual se define como el hombre académicamente educado y que trabaja en profesiones liberales, soy un intelectual y asumo de manera responsable el deber de no callar, de no ser cómplice, de alejarme de protoconceptos suprasensibles, para estar en el acá y no en el “más allá”.

El Tratado de Libre Comercio en los términos planteados por Estados Unidos nos hará perder aún más la memoria, las ciudades incas y los avances astronómicos y desarrollos científicos de los aztecas. Quedaremos convertidos en un mercado cautivo para productos agrícolas y artículos a bajo precio, sin conciencia histórica, sin memoria colectiva. La intelectualidad tiene una alta cuota de responsabilidad. El interés público y la verdad no están en su dossier. Lo que importa es el olvido del ser, la negación de sí mismo, el vacío absoluto, la tartamudez y en conclusión, la complicidad con el subdesarrollo, la dependencia, el desarraigo y la vida sin patria. Nuestros intelectuales no se arriesgan, no proponen, no apuestan a la vida. Permanecen anestesiados por el aroma de la

vida muelle y sin luchas. América reclama la presencia de los intelectuales, no de idiotas útiles como los Vargas Llosa, Apuleyo y Montaner. América pide a gritos hombres libres que digan la verdad, que orienten, que reinventen nuestra realidad desde nuestra historia. No necesitamos intelectuales que se arrodillen ante Castro, que callen sus crímenes y encarcelamientos masivos por delitos de opinión, que camuflen su aterradora dictadura con propaganda de izquierda. América no puede seguir con una interpretación mitopoiética de la realidad cubana. El intelectual tiene que decir la verdad sobre Cuba, defender a su pueblo, como tiene que decir la verdad sobre la violencia colombiana : la que aturde, la que alimenta desesperanzas. ¿Dónde están los intelectuales en América Latina? La retórica colombiana se quedó hablando de Baldomero Sanín Cano, Germán Arciniegas y el profesor Luis López de Mesa. ¿Cuántas universidades tiene Colombia? ¿Cuántas facultades de Filosofía, Sociología, Antropología, Artes y Literatura? ¿Dejaremos sacar todos nuestros recursos naturales para Europa y Estados Unidos? ¿Entregaremos a las futuras generaciones un desierto de hambre y desarraigo? ¿Cuántas facultades hay de Medio Ambiente? ¿Dónde están los intelectuales? ¿Cuáles son las propuestas de los intelectuales que formaron estas universidades frente a nuestra tragedia? Habrá que escribir una nueva “Carta Sobre el Humanismo” en América Latina, volviendo a Heidegger. Realmente no creo que Heidegger hubiera sido un colaboracionista nazi.

Los intereses de nuestra realidad son opuestos a los de nuestra

CAMINO A LA MONTAÑA intelectualidad; sin duda, existe un conflicto de intereses. Los falsos intelectuales, los “perros guardianes” de que habla Paul Nizan, los enemigos del intelectual verdadero, ameritan un juicio de alcance histórico. Un verdadero intelectual fue Jean Paul Sartre, hay que reconocerlo. Su grandeza intelectual estuvo en su independencia, en su posición de izquierdista crítico y en su distanciamiento de ortodoxias como la del Partido Comunista Francés con su Iglesia y su biblia. Lo que tuvo valor para Sartre, fue el interés público, la sociedad de la segunda postguerra, nunca un partido político como causa única y excluyente de otras formas del pensamiento. La caída del Muro de Berlín, el derrumbe de la URSS, el fin por corrupción del sistema comunista albanés, el fracaso del sandinismo y los tanques chinos disparando contra los universitarios congregados en la Plaza de Tiana Men, indican que la democracia como participación social, inclusión, justicia y libertad, es nuestro destino. Hasta ahora, sólo hemos conocido sistemas maquiavélicos, dictaduras militares horribles como las del Cono Sur, democracias platónicas y estructuras excluyentes dinamizadas por la corrupción. América Latina no sabe aún qué es Democracia. Afirmar Sartre : “ Los intelectuales no son solamente el resultado de una decisión, sino un producto histórico y social, en el sentido en que surgen ante aquellas realidades desgarradoras que vive una sociedad y que expresan sus contradicciones. El papel activo que debe jugar el intelectual consiste, así, en no ser solamente

producto de la sociedad, sino también, en ser productor de sociedad. El intelectual tiene la misión de referirse a la totalidad de lo que ha visto desde su particular punto de vista, que corresponde a su lugar de inserción en el mundo”. No se trata, pues, de clasificaciones : intelectual clásico, intelectual nuevo, intelectual reaccionario, intelectual orgánico. Se trata solamente de ser un testigo de su tiempo, como participación en la desgarradora realidad de América Latina. Asumir esa condición no significa el anhelo de la implantación en América Latina de un modelo, de un paradigma. Tomo de Sartre sus apreciaciones sobre el intelectual, de la misma manera que podría hacerlo de Humberto Eco, el francés Luis Althusser o el italiano Antonio Gramsci. Sartre pensaba que “ su deber como intelectual era pensar sin ninguna restricción, incluso a riesgo de cometer errores”. ¿Cuál es el papel del intelectual en América Latina en la era de la globalización? Derribar estatuas, quitar máscaras, estar al servicio del interés público, decir la verdad, vivir una praxis política de la honestidad con nuestros pueblos. El intelectual debe articularse hoy más que nunca a la actividad política, a los partidos políticos; pero en un acompañamiento altamente crítico y autocrítico. La pasividad ya no es posible. Lo posible es la participación, la construcción social y societal. En una América Latina sin liderazgos, el intelectual tiene que asumirse en una práctica política real. Controvertir el Tratado de Libre Comercio, por ejemplo, conlleva una seria participación y una juiciosa actitud intelectual. El escritor, el poeta, el filósofo, el sociólogo, el humanista, tienen que afrontar su condición de intelectual a

favor de la sociedad. No es ni será jamás una equivocación filosófica ni política asumirse, apropiarse como intelectual en la sociedad. Lo detestable es renunciar a la capacidad contestataria, al ejercicio de las ideas, aceptando la propia indigencia mental y trasvasando la anomia social. La utopía no ha sido posible, sigue siendo el sueño inalcanzable de nuestros precursores. ¿Dónde están los intelectuales en América Latina en la era de la globalización?

Lo más importante para escribir literatura es intentarlo. Si el escritor o el aspirante, no decide sentarse a trabajar, nunca habrá literatura. La decisión firme y sistemática de escribir, produce los géneros. Cuentos, ensayos, novelas, epístolas y poemas, exigen la decisión categórica de escribirlos. Diría pues, que la primera gran fuente literaria, es la vocación, entendida como entrega permanente, disciplinada. Si no hay vocación, hay que elegir otra profesión, porque escribir es una profesión como la del ingeniero, el médico o el abogado. En ese concepto tenemos mucho subdesarrollo. Creemos que la poesía y la escritura en general son actividades aleatorias, accidentales, de fines semana, de desocupados. Una profesión no puede ser cadapuedaria, tiene que ser todos los días y la literatura y el arte no admiten descanso. El escritor es un profesional. La poesía es un oficio. Hacer literatura es meterse en un volcán, es un estremecimiento sin descanso. No tiene que ver nada con el sexo triste, sin erotismo, sin voluptuosidad, sin ternura, como experiencia de la rapidez, de la urgencia, del estertor de los segundos fatigantes. Es una eterna intensidad. No hay escritor sin escritura, creación sin esfuerzo, figuras del lenguaje

sin rigurosidad. Es entonces la literatura una estructura que debe asumirse como tal. Ahora bien. Es importante aclarar que la escritura literaria nada tiene que ver con el tiempo, los días o los meses. La obra de HONORATO DE BALZAC fue copiosa, numerosa, fruto de una intensa y febril actividad. Más de cien obras literarias en todos los géneros y solo vivió cincuenta años. GOETHE escribió WERTHER en apenas dos meses. Al contrario, otros creadores han tardado años en materializar su esfuerzo literario. Los dos libros de RULFO, "PEDRO PÁRAMO" y "EL LLANO EN LLAMAS", fueron resultado de largos años de apuntes en cuadernos colegiales que cargaba el escritor mexicano. Rulfo fue un escritor absolutamente exigente con su obra. No ejerció ni la rapidez ni la urgencia de publicar, conductas tan de moda en el presente donde prevalece la postura sobre la responsabilidad escritural. Rulfo calló para siempre en 1956. Su muerte ocurriría 30 años después mientras América esperaba ansiosa su novela La Cordillera que nunca apareció, porque Rulfo la tachó en su totalidad. Ese era él, la búsqueda de la perfección y sobre todo de la originalidad. De manera que una producción literaria no tiene que ver con el tiempo, ella simplemente se produce. El escritor se sienta y no sabe nunca cuándo terminará. Las producciones del espíritu no están sometidas a las horas, ellas nacen con la vocación y el trabajo persistente. Ciertos poetas han creado metáforas y sentidos profundos, de extensas estrofas, en una noche de frenesí con las palabras. No tienen nada que ver las horas, ni con la cantidad ni con la calidad del arte. El arte es entonces, un fluir del alma sobre los hombres y

las cosas, pero pone dos reglas iniciales: VOCACIÓN Y TRABAJO.

Para una amplia mayoría de intelectuales y académicos, hacer literatura es redactar. Esa concepción explica el fracaso y la medianía de tanto libro puesto en circulación. Es fundamental entender que la literatura es una estructura y que en consecuencia tiene sus propias leyes, que deben estudiarse y asumirse. No conozco al primer artista que no haya sido un estudioso de lo existente. Constituye equivocación inmensa pretender desandar la academia sin conocerla. Es cuando se producen los históricos y mediocres garrapateos literarios, que sólo destruyen árboles, tintas y materias primas del arte. No es tampoco el ejercicio de la polilla propia de iglesias y cenáculos de catedráticos, expertos en CAMUS Y SOREL, clásicos y románticos. Hacer literatura es la presentación de la estética de la palabra y del pensamiento, en un laberinto de fondos y formas. Nunca he creído en la forma por la forma, en la palabra como un absoluto de la belleza. Los artistas que han proclamado la belleza de la palabra, como único ideal del arte, el color por el color, la textura por la textura, distancian lo social, envilecen el humanismo y se convierten en cómplices de los peores crímenes y las más atroces dictaduras. Tampoco se trata de darle el visto bueno al realismo socialista o de convertir la diatriba política en literatura. El arte es ante todo humanismo, defensa de las libertades dentro de leyes justas y equitativas, protección del humillado y desvalido. No creo en el

arte de los oligopolios, las trasnacionales y las dictaduras. Hacer literatura es la presentación de la belleza de la palabra, con un trasfondo de historia, derrota y sufrimiento. El dolor es el manantial supremo de todo lo creado. La felicidad humana será siempre una vana búsqueda, una derrota permanente. La muerte nos espera a todo instante y nos mira anunciando esa derrota. Siempre está al frente. El artista no hace más que enfrentarla segundo a segundo sin descanso posible. Crear es entonces una conjura contra la muerte, la subversión de todo, la única solución a la tragedia del pesimismo humano.

La creación artística siempre partirá de la muerte. Por ello no creo en la forma por la forma como ideal estético, porque el arte es del mundo del deber ser y solo se es, con los demás, con el otro, con el mundo. Los artistas que han proclamado la belleza por la belleza han sucumbido sin remedio. Al final anuncian la derrota. Del lenguaje esteticista fundado en el amor, en la depurada lírica, pasan a denunciar el fracaso, la melancolía, las falsas instituciones políticas y la miseria humana, cuando no la cercanía de la muerte como estocada culminante y desesperanzadora. Reunir palabras por palabras puede llegar a ser ofensivo. Construir en cambio imágenes y cargarlas con un gran contenido ético, social o simplemente conceptual, puede ser la concreción de una gran literatura y de un acto de generosidad con el género humano. TOLSTOI y DOSTOIEVSKY, BAUDELAIRE y CÉSAR VALLEJO. Por ello, la literatura además de participar en las ciencias sociales y ser una fuente histórica, es arte como expresión de belleza. De ahí la musa y el ángel planteados por GARCÍA LORCA, de ahí

el fondo y la forma expuestos por VÍCTOR HUGO. La literatura en tal virtud se convierte en una catarsis de las pasiones y la entelequia, según ARISTÓTELES. Si literatura fuera escribir palabras simétricas o lanzar anatemas o blasfemias, habría muchos literatos, valga decir, artistas de la palabra. Su concepto es más amplio, binario. La literatura representada por sus géneros, sin exclusión de ninguno, no puede ser puro fondo, puro concepto, como tampoco pura forma, pura acrobacia lingüística. Es entonces una catarsis.

Dije que lo primero que exige la literatura es la vocación, las ganas, el deseo de escribir, el talento. Donde no hay deseo no hay transformación. La vocación literaria transforma el lenguaje, la palabra, la acción representada por el verbo. La segunda fuente es el trabajo. La tercera es la palabra. El hombre convertido en sujeto del arte modifica el objeto, es decir, la palabra. Ese es el reto supremo, el laberinto, la catarsis aristotélica, el vértigo. La palabra termina contándonos su significado, su espíritu, su alma. Fondo y forma se desvanecen en una única y excluyente masa de significantes. El escritor tiene una gran ventaja. Puede reproducirse millones de veces y siempre será su escritura original, si las editoriales transcriben con precisión y textualidad. En eso se diferencia demasiado del pintor, pues en él la única obra original es la primera, las demás serán siempre, malas reproducciones y plagios. Una pintura de un gran artista siempre es única, mientras que lo escrito en la literatura se reproduce a través de las imprentas y editoriales,

conservándose su autenticidad.

Es imposible reproducir un cuadro de DALI o una escultura de BOTERO. Sí es posible, en cambio, reproducir CIEN AÑOS DE SOLEDAD, millones de veces, sin que pierda su autenticidad. El escritor se realiza en la multiplicación de su palabra. Esa es una lucha que tiene que librar, pues la palabra debe tener interlocutores. El mensaje del artista de la palabra, se perfecciona con la existencia de receptores. Sin la palabra no puede existir entonces la literatura. Es fuente primaria, esencial, sustancial. Sin embargo, no es la fuente ad substantiam actus, para valerme de un latinajo, permitido en el ensayo ¿Cuál es la fuente esencial de la literatura?. ¿Cuál es su detritus? EL TRABAJO. Lo escribo con mayúscula para darle su real significado. Ciertamente, que la literatura no es un afán artístico que eclosione de la noche a la mañana; un ejercicio que se improvise; un objeto que se allane fácilmente. La literatura exige trabajo, dedicación, esfuerzo permanentes. El trabajo permanente es lo más maravilloso que le ocurre al artista. El artista es un exorcizador de demonios. El arte provocador y visionario de Pablo Picasso y el gigantismo artístico de Cézanne no son gratuitos. Su precio ha sido alto. El verdadero artista sacrifica todo por su arte, por momentos olvida la búsqueda de la felicidad misma. El artista se llena de cicatrices, de heridas tatuadas con el rojo de la sangre. Está probado que los grandes escritores no lo han sido de la práctica de la improvisación. Ellos entendieron que se trata de una estructura que debe asumirse con sus propias leyes, las cuales hay que conocer mediante el estudio y la investigación denodados. Así

como un científico aplica un método de investigación que lo lleve a resultados ciertos y comprobables, el arte también tiene su metodología. Ha sido el trabajo persistente, el motor de sus realizaciones en el universo de las letras. En la proporción que se usa la palabra, en la entrega con que el escritor golpea las teclas de su máquina de escribir o su computador, la literatura adquiere dimensiones, resultados, posibilidades creativas. Esa es la explicación de muchos libros primigenios de escritores. Algunos no gustan de recordarlos. Casi nunca corresponden a la calidad de escritos maduros, logrados luego de años de estudio y trabajo. No hay necesidad de acudir a tratados de literatura para comprenderlo. Basta con partir de la praxis para ir comprendiendo que el trabajo es lo principal, la fuente fundamental de la creación literaria. ASUNCIÓN SILVA murió joven y legó una producción poética que lo convierte en destacado miembro de la poesía. Su conocimiento de la literatura europea, su vocación y su trabajo febril, lo permitieron. ALLAN POE y OSCAR WILDE, fueron lectores sistemáticos desde su primera juventud. Sus creaciones literarias no surgieron por la acción de la simple intuición. Su formación académica y literaria fue de gran consistencia. Recordemos a POE en la ciudad de Baltimore, publicando crítica literaria, con apenas veinte años cumplidos, logrando notoriedad. Es norma general, que quien desee hacer buena literatura, debe escribir por lo menos mil palabras diarias, como lo recomendó HEMINGWAY. Es la práctica, el trabajo permanente, lo que hace a los escritores. De ahí que deba asumirse como un oficio altamente profesional. Es

## A MANERA DE EPÍLOGO

imposible producir una buena novela, escribiendo una página cada mes o cada tres; eso es absolutamente imposible. El trabajo, la acción permanente en favor de la palabra, es la fuente que hace a los grandes escritores. Pero, ¿habrá acaso, una fuente literaria más importante que el trabajo? Creo que sí: LA VIDA. La práctica de la existencia, la experiencia, la historia, el vértigo que significa la vida, es la mayor fuente literaria. Un escritor no puede hacer historias con la simple imaginación. No creo en eso. De pronto, resista una que otra. Por más creatividad que haya lo mejor es tener buenas experiencias que narrar. Imposible renunciar al mundo. Escritores como Dostoievsky no fueron el efecto de su alejamiento del mundo, sino todo lo contrario, de su inclusión activa en el mundo. Son pocos los trabajos literarios agudos y consistentes, surgidos de la simple imaginación. La casi totalidad de las obras literarias, es fruto de la vida cotidiana del autor, de sus abismos y su crepitar. De otra manera no produciría sino malas historias para beatas, historias cargadas de malas mentiras. Es, pues, la literatura, un sincretismo de fondos y formas, de historias y palabras, de sucesos y vivencias sociales y personales. Es la lección de HOMERO, ESQUILO y CERVANTES. Es la enseñanza de HESÍODO. Qué triste que todavía algunos crean que Don Miguel de Cervantes Saavedra fue un pobre viejecito sin nada que comer ni nada que vestir. Cervantes fue un lector profesional de novelas de caballería, dominantes en su tiempo, un estudioso de la literatura y un gigante de mil batallas en esto de vivir. No otra explicación tiene Don Quijote. Cervantes por

momentos más parece un refundido sabio que un avesado escritor de novelas. Conjugó el talento, el conocimiento de la literatura española y el lenguaje, el trabajo y la vida. Cervantes no fue el manco de la Batalla de Lepanto por ósmosis sino por guerrero. ¿Qué tal remitirnos a KAFKA, JOYCE y PROUST? En el peor de los casos el sufrimiento y la soledad han nutrido la poesía francesa contemporánea. En América Latina, la explotación del hombre, la dureza de la naturaleza y las dictaduras crónicas. FUENTES, RIVERA, CORTÁZAR, BENEDETTI, SÁBATO, CARPENTIER y VALVERDE. De manera que la literatura es la vida, el trabajo y la palabra. Es un compromiso al que no se puede renunciar, aunque las dificultades sean peores cada día, y el neoliberalismo hirsuto y vergonzante, nos haga pisar las odiosas calles, entrar a los bancos a pagar los servicios públicos y pedir plata prestada para la guerra del siguiente día. Finalmente, ningún poder, ninguna riqueza, ninguna cabeza de ganado, ninguna esmeralda, será más importante que el espíritu del hombre. Creo en la aristocracia del artista, en la posición erguida del intelectual. El ejercicio de la literatura tiene que ser un escudo contra el envilecimiento. Mientras el mundo sea la consecuencia de la racionalidad el artista tiene que blindarse, tiene que protegerse con las armas de la aristocracia intelectual. Diferente sería que un día cualquiera todos amaneciéramos locos. Qué maravilla sería el mundo lejos de la racionalidad. Que todos enloqueciéramos de un momento a otro, que se derrumbaran todos los poderes, que la libertad fuera conquistada sin un solo policía, que unos cantaran, otros soñaran y otros guardaran

## INDICE

COMPARATISMO Y SEPARATISMO	10	SOBRE ÁLVARO MUTIS	51
LA LITERATURA DE LAS REGIONES	17	A PROPÓSITO DE “DELIRO” DE LAURA RESTREPO	54
LA MUJER TIENE UN LUGAR	27	LITERATURA COLOMBIANA DESPUÉS DE “CIEN AÑOS DE SOLEDAD”	57
SOBRE LOS ESCRITORES MERCENARIOS	29	GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ O LA MEMORIA DE UN TRISTE PLAGIO	66
DIFÍCIL SER LEÍDO	31	EL PAPEL DEL INTELLECTUAL EN AMÉRICA LATINA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN Y EL TLC	76
RAÚL GÓMEZ JATTIN : UN MARGINAL MITIFICADO	38	CAMINO A LA MONTAÑA	87
CARENCIA DE UNA CRÍTICA LITERARIA	42	A MANERA DE EPÍLOGO	96